

Aproximación a la formación intelectual y literaria de Efe Gómez entre 1888-1899

Valentina Ordoñez Luna
valentina.ordonez@udea.edu.co

Trabajo de grado para optar al título de
Filóloga hispanista

Dr. Carlos Hernando Rivas Polo
Asesor

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Letras: Filología Hispánica
Medellín
2022



Agradecimientos

Casi todas las personas que han vivido cerca de mí durante la elaboración de este trabajo le han dedicado alguna atención o me la han dedicado a mí cuando me ha arrebatado el temor o la duda.

A todas debo alguna palabra, pero aquí las más memorables:

La persona más importante de este proceso, merecedora de todo el despliegue de mis afectos, es mi asesor Carlos Rivas Polo, compañero, guía y cómplice investigativo a la vez. Siempre fue el lector más agudo, otros días la única fuerza moral vigente.

También le profeso un profundo agradecimiento a Luis Fernando Quiroz Jiménez por acercarme a la documentación disponible, por despertar en mí la curiosidad intelectual sobre el tema como solo los días y las noches de amor pueden hacerlo.

A mis amigos y amigas por ver y comprender lo que he expuesto de mí a través de este trabajo o a causa de él.

A Camilo Mesa por su ternura al interesarse en cualquier producto o forma de lo que soy.

A mi hermanito Emmanuel por ser el constante refuerzo de que vale la pena insistir en la vida consciente.

A Juan Guillermo Gómez García por cambiar el rumbo de mi formación y de mi comprensión del mundo.

A la Biblioteca Pública Piloto por su hospitalidad y prudente auxilio durante la contingencia pandémica.

A mis padres por disponerme sus medios a cambio de tiempo y dedicación de mi parte.

Finalmente, gracias a la Universidad de Antioquia y al Tíbiri por hallarme.

Tabla de contenido¹

Resumen	3
Introducción	4
Preámbulo	10
Cap. 1. Medellín: Escuela de Minas (1888-1893)	14
1.1. Origen y orientación	14
1. 2. Vida estudiantil	18
1. 3. Las ciencias útiles y la literatura	21
Cap. 2. Acceso y vocación por la literatura (1890-1899)	25
2.1. Primeros acercamientos a la literatura	25
2. 2. Las sociedades literarias	26
2. 3. Sensibilidad y productividad en <i>Cuaderno de materia prima</i> (1890)	30
Cap. 3. El trabajo en las minas (1890-1899): última etapa de formación	33
3. 1. Profesión y vocación	33
3. 2. Las minas como “destino vocacional”	35
3. 3. Un cuento paradigmático: “En las minas” (1897)	39
Conclusiones	44
Referencias	45

¹ Este proyecto recibió dineros del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Pregrado, financiado por la Facultad de Comunicaciones y Filología y por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia.

Resumen

La presente investigación ofrece una aproximación a la formación intelectual y literaria del escritor antioqueño Francisco Gómez Escobar (Efe Gómez) entre 1888-1899 a través de tres espacios vinculados entre sí: primero, la Escuela de Minas (1888-1893); segundo, el acceso y vocación por la literatura (1890-1899) y, tercero, el trabajo en las minas (1897-1899). A partir de esta estructura pretendemos dar cuenta de la doble condición individual y social de la formación del joven escritor. Abordaremos también parte de su producción escrita para puntualizar su relación con la ingeniería y con su experiencia profesional en cada uno de los capítulos. En otras palabras, podríamos decir que se abordan las principales aristas de su praxis de producción en este período de formación: cómo accedió a la literatura, qué fomentó y condicionó su acercamiento y creación, cómo dialogó con su esfera profesional y, finalmente, cómo se traspusieron estas relaciones en literatura.

Palabras clave: literatura antioqueña, Escuela de Minas, formación del escritor, Efe Gómez, biografía intelectual.

Introducción

En principio, el interés personal por la producción literaria de Francisco Gómez Escobar² (1867-1938) fue lo que motivó la pregunta por su proceso de formación intelectual y la consiguiente búsqueda y elaboración de un archivo que permitiera una aproximación al objeto de estudio. Aspiramos a que esta empatía no asfixie la distancia crítica necesaria para abordar un objeto que pueda enmarcarse en las aspiraciones intelectuales de Pedro Henríquez Ureña, para quien la búsqueda de una *expresión* propia requiere de la constante renovación de una *promesa* que hace cada generación latinoamericana a su cultura. En ese sentido, consideramos que esclarecer la significación de quien fuera partícipe de aquella naciente literatura en Colombia es un intento académico por renovarla. Para Rafael Gutiérrez Girardot (1989-90), fue el escritor quien impulsó la constitución de la vida literaria en el continente y por eso se constituye en el objeto primario de una interpretación de esa literatura (p. 17). Aproximarnos a una comprensión que perfile los contornos sociales y vitales en la formación intelectual y literaria del antioqueño Efe Gómez es lo que aquí nos proponemos.

La biografía es un género histórico que, dentro de su disciplina, ha sido relegado por los exabruptos que tradicionalmente ha cometido: ya sea porque la figura del biografiado se exalta hasta la heroización; porque los acontecimientos se absolutizan hasta ser el reflejo exacto del biografiado; o por una sobre-identificación del investigador con el biografiado que excede lo que insinúan las fuentes. La metodología con la que se elabora una biografía no solo tiene que ver con la antigua disputa entre determinismo y libertad, entre destino individual y sistema social (Loaiza Cano, 2004, p. 17), sino también con las formas de existencia intelectual, es decir, la manera en la que se comprenden las tareas y funciones del pensar: en la materialidad de las ideas —las fuentes y los testimonios desde los que es posible rastrear el pensamiento y la vocación temprana del estudiante Efe Gómez—, la contextualización de las ideas —la vida efectiva que tuvieron antes y a través del período de formación del sujeto de estudio— y el análisis de la literatura como producto cultural condicionado por las instituciones sociales. Precisar esto último es dar cuenta del proceso en el que determinadas normas, valoraciones o hábitos llegan a ser objetivadas en la

² En adelante Efe Gómez.

obra literaria, siendo el escritor el mecanismo a través del cual se expresan y las instituciones el medio en el que se fundan y promueven. La comprensión que aquí proponemos se sitúa en el subgénero de biografía intelectual, concretamente en el período de formación intelectual y literaria (1888-1899) del joven Efe Gómez como producto de las condiciones sociales.

Para 1867, año de nacimiento del escritor, su pueblo natal Fredonia crecía cada vez más en número de habitantes, pasando de 7.540 para 1870 a 10.376 en 1883 (González Toro, 2010, p. 95). Sus gentes se dedicaban principalmente al cultivo de la tierra. La vida cultural y económica se articulaba alrededor de las familias nucleares (padre cabeza de familia, esposa e hijos), que eran también lo predominante en el resto de la provincia de Antioquia. De acuerdo con la cronología de Naranjo Boza (2017a), el padre de Gómez era conservador y dirigía la escuela del pueblo (p. 105). Como es bien conocido en nuestro país, las inclinaciones políticas determinaban la educación que se impartía en los grupos familiares que entonces constituían los Estados Unidos de Colombia (1863-1886). La Constitución de Rionegro (1863) que regía la nación era de corte federalista, razón por la cual en cada uno de los “estados soberanos” había mucha autonomía gubernamental. El gobierno central tenía tan poca injerencia en las decisiones internas de cada estado que incluso el poder presidencial era muy débil (Melo, 1989, p. 20). Dada esta debilidad y la interpretación que se dio a la Constitución, nada impedía que los gobiernos legítimos fueran derrocados localmente, tal como sucedió en Antioquia con la insurrección conservadora de 1864 que destituyó el gobierno de Pascual Bravo (1863-1864) para instaurar el de Pedro Justo Berrío (1864-1873). Mientras los estados conservadores fueran minoritarios, el ala radical del liberalismo estuvo dispuesto a tolerarlos (p. 24). A grandes rasgos, esta era la situación política del país en el que nació Efe Gómez.

Francisco de Paula Nacienceno María Gómez Escobar nace en Fredonia, un pueblo del suroeste de Antioquia en el año de 1867, en el hogar de Juan B. Gómez y María del Carmen Escobar (Londoño, 1867), y muere el 25 de octubre de 1938. Luego de dos semestres estudiando Derecho en la Universidad de Antioquia, en 1888 Francisco Gómez decide trasladarse a la Escuela de Minas³ anexada en 1874 a la misma Universidad. Tras culminar sus estudios en ingeniería de minas, se desempeñará en tal profesión a lo largo de toda su vida a la par que se dedica al ejercicio

³ En adelante EM

de la escritura, por lo cual fue reconocido en las nacientes sociedades literarias antioqueñas, especialmente en la revista *El Montañés* (1897-1899), a la que se suscribió como miembro de la junta redactora. En el ámbito literario y minero fue apodado como “F Gómez”, “don F” o “don Quico Gómez”. Su primer cuento, “Del revés”, se publicó en 1895 y sobresalió posteriormente con más de su producción cuentística, por ejemplo, con los titulados “En las minas” (1897), “La tragedia del minero” (1923), Un padre de la patria (1907) y “Guayabo negro” (1923), entre otros. Participó también en las discusiones estéticas que se dieron para la época entre las corrientes literarias, desarrollando especialmente su posición frente al arte en la “Carta a Abel Farina” (1900), en la cual postuló su desconfianza hacia el modernismo literario al parecerle una “manía aristocrática” que copia “su estado de ánimo de razas muy otras” y que no “cunde en la vida ruda de los que luchan y endurecen” (p. XLII). Su trayectoria da cuenta de la naciente formación de una cultura escrita en Antioquia, cuyo desarrollo está ligado al proceso de modernización que atravesaba el país.

La búsqueda de fuentes y de bibliografía es el paso inicial para profundizar en un objeto de investigación, pues si bien se parte siempre de una idea vaga al formular cualquier propuesta investigativa, debe haber un primer acercamiento a la documentación. Es a partir de este esfuerzo que surgen las preguntas, los enfoques y las posibilidades de transformar un tema en un problema de investigación. Desde el comienzo, este proyecto se topó con múltiples dificultades para acceder a las fuentes primarias, desde escollos burocráticos, pasando por falta de colaboración académica hasta cuarentenas que implicaron el cierre de los archivos disponibles. Así pues, este monográfico es producto tanto de las circunstancias de salud pública como de las carencias y las limitaciones empíricas, que también son hallazgos, o en palabras de Gutiérrez Girardot (1989-90), “hipótesis de trabajo”, que permitieron estructurar un “proyecto conceptual [a partir del] material existente” (p. 13). Paradójicamente, la única fuente primaria encontrada, a la que se tuvo un acceso parcial, fue lo que más impulsó el deseo de la investigadora de continuar con este proyecto. La fuente en cuestión es el Archivo Efe Gómez ubicado en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto (Medellín), en el que se custodian alrededor de cincuenta libretas manuscritas. A pesar de su dificultad de lectura por su caligrafía y deterioro, lo primero que se intentó fue la caracterización general de su contenido. Aun cuando la información que se tomará de ellas será siempre parcial,

se tendrán en cuenta desde su materialidad, considerando que así puede esbozarse la agenda formativa de Gómez.⁴

La obra de Efe Gómez ha sido ampliamente difundida por Jorge Alberto Naranjo y Nicolás Naranjo Boza. Estos investigadores han realizado desde documentales hasta monográficos y conferencias sobre la vida y obra del escritor antioqueño. También su hija Clarita Gómez de Melo se dedicó a esta labor, destacándose la antología *Lo mejor de Efe Gómez* (1991). Cabe mencionar también el estudio de la profesora Marta Faride Stefan, *Efe Gómez: entre la incertidumbre y el fracaso* (1992). En gran medida, esta investigación se guía por la Cronología varias veces actualizada y publicada por Nicolás Naranjo (última versión del 2017) y además pretende ofrecer una interpretación de la trayectoria de Gómez en la que Naranjo también indaga a lo largo de sus libros *La filosofía en la obra de Efe Gómez* (2017, vol. 1 y 2). Sin embargo, tras una exhaustiva búsqueda bibliográfica, puede afirmarse que no hay una discusión académica sobre su vida o su obra, discusión que muchas veces ayuda a visibilizar a un autor o a generar un interés investigativo en él. Cuando los escritores logran salir de la sombra o del olvido, la obra adquiere valor nuevamente y se evidencia la necesidad de fuentes confiables para su estudio. En este sentido, aspiramos a que lo aquí escrito sea un incentivo para investigadores y editores de literatura.

Esta investigación pretende contribuir a la comprensión de la vida y el legado intelectual de Efe Gómez a través del examen de las mediaciones sociales, políticas y culturales que atraviesan su período de formación. Bajo la siguiente estructura de Preámbulo y tres capítulos se articula la doble condición —individual y social— de lo que aquí entendemos como *formación*: el **Preámbulo** contextualizará al lector en las ideas y avances tecnológicos que circulaban en el mundo y su proyección en Latinoamérica y Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX; el **Capítulo 1. Medellín: Escuela de Minas (1888-1893)**, centro temático de la investigación,

⁴ En total, el material consultado consiste en seis carpetas que contienen alrededor de cuarenta libretas manuscritas, un libro en alemán, la partida de bautismo de Efe Gómez, una carta mecanoscrita (1938) de Pedro P. Vásquez dirigida a Efe Gómez y el mecanoscrito del poema “Asíntota” (s. f.). Según los datos que hemos podido compilar, las libretas fueron escritas entre 1890 y 1935. Realizamos un primer bosquejo en Excel para caracterizarlas: a) descripción física, b) temas, c) caligrafías, d) publicidad, e) ubicación, f) índice onomástico y g) piezas gráficas; categorías sugeridas por la historiadora Juliana Vasco. Este trabajo continúa en proceso, puesto que sobrepasa la capacidad de una sola investigadora. Para el propósito investigativo de este trabajo utilizamos como fuentes primarias las libretas 6 (1890), 1 (1905) y 10 (c. 1919); también, parcialmente, la 12 (1932) y 17 (1897). El orden es el mismo que dio la Biblioteca a las libretas, que no corresponden a un orden cronológico. Desconocemos el criterio para numerarlas de esta manera.

posiciona a la EM como una *institución* que cultivó valores relevantes para la incipiente burguesía antioqueña, tras lo cual se estudia la experiencia de Efe Gómez al interior de ella como *espacio vital*. Del capítulo se desprenderán tres apartados: **1.1.** Origen y orientación de la EM (antecedentes intelectuales e históricos); **1.2.** Vida estudiantil (admisiones, entorno y principios fundamentales de enseñanza) y **1.3.** Relación entre las ciencias útiles y la literatura (la educación burguesa en relación con el cultivo de la literatura). El **Capítulo 2. Acceso y vocación por la escritura (1890-1899)** examina el entorno en el que Efe Gómez desarrolla su interés en la literatura. Sus primeras lecturas y el alcance de las letras hispanoamericanas durante el siglo XIX (**2.1.** Primeros acercamientos a la literatura); para continuar con su participación en las sociedades y tertulias literarias, condición posible gracias a los vínculos sociales que consolidó en la EM (**2.2.** Las sociedades literarias) y sus primeras proyecciones como escritor al interior de la *institución*, cuando aún era estudiante, en el **2.3.** Sensibilidad y productividad en *Cuaderno de materia prima* (1890). Finalmente, el **Capítulo 3. El trabajo en las minas (1890-1899): última etapa de formación**, aborda la *vocación* por la escritura en contrapunteo con la experiencia profesional y vital en las minas. El primer apartado, **3.1.** Profesión y vocación, profundiza en la relación con el trabajo que impartía la EM, que es la misma que exigía el surgimiento del capital. El apartado **3.2.** Las minas como “destino vocacional” enfatiza en la importancia que toma el espacio minero a partir de esa concepción y cómo Efe Gómez reúne esos elementos para transformarlos en literatura. Lo demostramos a través del cuento “En las minas” (1897), pues consideramos que denota las aristas de su *formación* en la EM y de su *autoformación* literaria desarrollada en las minas de Antioquia (**3.3.** Un cuento paradigmático: “En las minas” (1897)).

A partir de su temprana producción escrita se detallan las relaciones entre escritura, ingeniería y experiencia profesional. Resumidamente, podríamos decir que estas son las principales aristas de su praxis de producción entre 1888-1899 que aquí estudiamos: cómo accedió a la literatura (Cap. 1); qué fomentó su acercamiento y creación (Cap. 2); cómo dialogó con su esfera profesional y cómo se traspusieron estas relaciones en literatura (Cap. 3). Delimitamos este período de estudio hasta 1899 por tres motivos: ya había publicado “En las minas” (1897), hasta hoy uno de sus más destacados cuentos sobre la vida en las minas; ya había culminado sus estudios de ingeniería (1893), y en especial porque en este año La Guerra de Los Mil Días detiene la actividad de *El Montañés*, órgano de difusión en el que Efe Gómez participó como miembro de la

junta redactora, marcando otra etapa de su producción literaria. El inicio de nuestro período de estudio (1888) es decisivo para nuestras letras porque, siguiendo a Jiménez Panesso (1992), en 1888 se inaugura la crítica modernista en Colombia con la publicación del artículo “Núñez, poeta” de Baldomero Sanín Cano, y de acuerdo con la cronología de Henríquez Ureña (2014) comienza el período de la llamada “Literatura Pura” (1890-1920), inicio del florecimiento de las letras hispanoamericanas.

Preámbulo

El nacimiento de Efe Gómez puede insertarse en la dinámica global y continental que iniciaría una serie de transformaciones económicas y materiales que transformarían a su vez el carácter social del mundo. Se inaugura un nuevo “mundo de continuo y acelerado avance material y moral” (Hobsbawm, 2010, p. 13). Según Marshall Berman (1991), el siglo XIX experimenta los procesos que darían lugar a la Modernidad como una totalidad, a pesar de que solo unas pequeñas partes del mundo las estaban experimentando verdaderamente. Es la época de la civilización, el progreso, el avance tecnológico y las nuevas escalas de valores: se quebranta “la unidad de la cultura” (p. 20). Pero, sobre todo, es la era del triunfo del capital, como denomina el historiador Eric Hobsbawm el período europeo comprendido entre 1848-1875, cuya clase social más determinante fue la burguesía.

El libro, que lleva el mismo nombre, *La era del capital, 1848-1875* (edición príncipe de 1998)⁵ expone el período en el que Europa, con una democracia ya instituida, abrió paso a una revolución más industrial que política, a pesar del intento revolucionario llevado a cabo en 1848 (año en el que se difunde por primera vez el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels). La industrialización opacó las banderas políticas: las formas de vida cambiaron en la medida y a la velocidad en la que lo hacían los medios de producción. Una sola economía interactiva e interdependiente ligaba al mundo, para lo cual se dispusieron tanto los avances científicos desarrollados hasta entonces, como los medios de comunicación. Dos logros fueron especialmente representativos de esta carrera hacia las sociedades modernas: el ferrocarril y las ciudades.

En Latinoamérica, nuestras sociedades en tránsito hacia la modernidad se encontraban en el paso de las ciudades patricias (1810-1880) a las ciudades burguesas (1880-1930) (Romero, 1999). Cada período consolidó una clase directora que instituyó sus maneras de vivir y de pensar al resto de la sociedad. Durante la dirigencia del llamado patriciado (1810-1880), el mercado ya empieza a hacer exigencias y demandas de capital por el aumento de importaciones que, aunque en principio buscó solo imitar lo europeo, se concentró cada vez más en obtener instrumentos,

⁵ Se trata del segundo tomo de la serie (4 volúmenes) en la que el historiador inglés aventura un panorama de la historia contemporánea: *La era de la revolución, 1789-1848* (1997); *La era del capital, 1848-1875* (1998); *La era del imperio, 1875-1914* (1998) e *Historia del siglo XX* (1998).

herramientas y máquinas (p. 219) que condujeron posteriormente a la industrialización. El patriciado se caracterizó por ser una clase intermedia, mezcla entre lo urbano y lo rural que supo actuar pragmáticamente para constituirse como élite y así favorecer sus intereses. Sociedad rígida en su estructura de clases, poco a poco fue abriéndose a la posibilidad de ascenso social, pues el comercio exterior cada vez pujaba más la economía y hacía necesario el desarrollo industrial y tecnológico. Fue la concepción triunfante: la del progreso, que fue también la de la ciudad y la de la clase burguesa latinoamericana (1880-1930) que “aceptó el mismo sistema interpretativo y proyectivo” de esa mentalidad, vigente en el resto del mundo (p. 370). Siguiendo a Romero, en este período se constituyó una *sociedad de oportunidades*, pues aunque el viejo patriciado aprovechó su posición, hubo una “selección espontánea” de personas capaces de ascender en la sociedad, cuyo prototipo fue encarnado por el hombre de negocios. Las ciudades reflejaron la crisis que generaron las nuevas posibilidades y la certeza de que era necesario consumir en nuestro continente esta “etapa de desarrollo del mundo” (p. 370).

Como vemos, el entusiasmo por el desarrollo económico también arribó a las nacientes repúblicas latinoamericanas. Nuestros intelectuales, como Juan Bautista Alberdi (1810-1884) y Faustino Sarmiento (1811-1888) en Argentina o Justo Sierra (1848-1912) en México, sostuvieron que el continente debía seguir el rumbo del país próximo que mejor representaba los ideales de progreso: Estados Unidos. A través de esa concepción positivista se originó una “segunda colonización” cultural (aproximadamente entre 1810-1890) “aceptada libremente” y los latinoamericanos usaron esta filosofía para validar los cambios sociales (Zea, 1980, p. XII). Sin embargo, el encuentro del positivismo-desarrollista (de tendencia anglosajona) y nuestra herencia hispánica fue disonante [1.1], pues una sociedad basada en códigos de honor no podía reorientarse tan fácilmente hacia el “conocimiento útil”. Los primeros colombianos republicanos intentaron dirigir los esfuerzos hacia las carreras técnicas y científicas en lugar de lo que antes se consideraba “noble”, como el saber humanístico y las carreras literarias, que para entonces estaban más asociadas al ocio y al *status* que a una profesión.

En Colombia, la región antioqueña fue la que más abrazó la mentalidad burguesa, de manera tal que engendró algunos de los hombres más industrioses del país, entre ellos Pedro Nel Ospina (1858-1927), mencionado por Romero (1999) como un “promotor industrial” de la ciudad de Medellín (p. 305). En el complejo cultural antioqueño los hombres afirmaron su valor en la

capacidad de hacer dinero y la sociedad antioqueña se construyó en función de las conquistas económicas (Gutiérrez de Pineda, 1994, p. 410). Gracias a que lo económico estaba en el centro de la vida cultural, Antioquia fue un modelo de innovación constante en esta materia, aun cuando imperara el tradicionalismo en los demás aspectos (p. 416). El afán de progreso abrió la posibilidad de una clase media a partir de la cual se consolidaron las más grandes iniciativas empresariales del país.

Sabemos que Efe Gómez no solo vivió estos grandes cambios, sino que muy tempranamente intentó comprenderlos para explicar el fenómeno del modernismo poético en su “Carta a Abel Farina”, de 1900, donde utiliza los conceptos de “desarrollo material”, “industria humana” (p. XXXVI) o la teoría de Haeckel sobre la “asimilación del progreso” (p. XXVI). También sabemos que participó como auditor del Ferrocarril de Antioquia en la etapa final de su vida (Naranjo, 2017a, p. 112) y, en general, que encarnó a ese *hombre nuevo* que desafía la modernidad o, al menos, que intenta resolver sus contradicciones. Es importante posicionar a Efe Gómez en el contexto específico del desarrollo económico de la región antioqueña, pues esta investigación se sitúa en esta atmósfera, momento coyuntural en el que se experimenta “una sensación de vivir entre dos mundos” (Berman, 1991, p. 3). Estos mundos son el tradicional y el moderno, cuya batalla sería más radical en los territorios latinoamericanos porque los estados nacionales aún eran débiles, por lo cual la intromisión de potencias, la inversión de capital extranjero y la subordinación de la vieja economía al comercio de importación y exportación fue cada vez más vertiginosa (Hobsbawm, 2010 p. 132). No es sorprendente así que uno de los primeros intentos de previsión y dirección racionales del desarrollo económico en Colombia tuviera origen en la capital antioqueña.

Con lo anterior nos referimos concretamente a la EM, en la que Efe Gómez vivió parte de su juventud y donde socializó con las ambiciones de la naciente burguesía antioqueña. La institución surgió a raíz de las transformaciones económicas que tomaron fuerza en la región antioqueña entre los siglos XVIII y XIX, las cuales, como afirma Alberto Mayor Mora (1985), trajeron consigo la exigencia de un *hombre nuevo* (p. 17). Estas transformaciones estaban profundamente vinculadas a la “extraordinaria transformación y expansión económica” (Hobsbawm, 2010, p. 41) que anteriormente mencionamos, la llamada “era heroica de la ingeniería” (p. 66), cuyas condiciones de posibilidad abrieron el camino hacia nuevas vías de

comunicación, nuevos medios de transporte y nuevos instrumentos para optimizar el tiempo de producción en las fábricas.

Cap. 1. Medellín: Escuela de Minas (1888-1893)

1.1. Origen y orientación

Además de la tendencia desarrollista que llega al continente, la promesa económica de la explotación aurífera fue determinante desde la llegada de los españoles al continente americano y, a finales del siglo XVIII, las numerosas minas de la región antioqueña justificaron el asentamiento de la población alrededor de estos territorios. A pesar de las dificultades de tecnificación durante el período colonial (métodos, creación de nuevas y más baratas posibilidades de explotación, en últimas, mecanismos para la optimización) y de la carencia de capital de los mineros de aluviones para invertir, la *modernización económica* se hizo cada vez más inminente: se amplió cada vez más el mercado —de la mano del capital extranjero—, nació una nueva clase mercantil que estimuló las redes comerciales y se crearon asociaciones como la Sociedad de Minas de Antioquia (1826) (Hidalgo Holguín y Quiroz Jiménez, 2020, p. 43). La incipiente élite se comprometió con el desarrollo de la minería, que durante el siglo XIX llegó a ser “la principal fuente de exportación del país” (Bravo Betancur, 2011, p. 67). Este compromiso se tradujo en la necesidad de fundar instituciones educativas que tuvieran la influencia y la capacidad de formar una *élite técnica* que dirigiera los negocios de minerales. A la formación de ingenieros se encauzó finalmente esta necesidad de desarrollo técnico y material en la región, institucionalizada finalmente en la fundación de la Escuela de Minas en 1887.

Durante el período final del Virreinato de Nueva Granada (1815-1822), Francisco José de Caldas (1768-1816) impulsó la Academia de Ingeniería Militar en 1815, pero poco se sabía de la ingeniería como conocimiento. Bajo la presidencia de Tomás Cipriano de Mosquera (primer período 1845-1849) se fundó el efímero Colegio Militar (1847) en Bogotá —a la manera de los politécnicos franceses— que graduó al primer grupo de ingenieros en el país, especialmente civiles y militares. En 1864, la Universidad Nacional (Bogotá) creó su primera Escuela de Ingeniería orientada a la técnica, cuyo personal docente era la misma élite intelectual de la época (Rueda Cardozo, 1982, pp. 57-58). A pesar de que en Antioquia solo se podría obtener un título

universitario en ingeniería mucho tiempo después (1893),⁶ con la llegada de ingenieros suecos, ingleses y alemanes (formados en sus respectivos países) que querían capitalizar la explotación de minas, los socavones se hicieron cada vez más *espacios de formación* empírica en minería y ciencias. También la Escuela de Artes y Oficios de Antioquia (EAO), creada en 1870, tuvo un papel importante en la formación técnica de la que después se servirían las fábricas. Esta institución “se desempeñó como sustituto de una escuela de ingeniería” (Safford, 1989, p. 311). Tras su cierre definitivo en 1916, sus equipos y edificaciones fueron otorgados a la EM. De acuerdo con Mayor Mora (2013), la EAO estuvo en una condición ambigua entre escuela empírica y escuela superior de ingenieros (p. 115), pero aun así permitió un primer acercamiento entre los conocimientos populares y los científicos, primeros trabajos aplicados cuyo legado continuaría después la EM. Con apoyo estatal, profesorado, laboratorios, aulas y toda una infraestructura pensada para una educación en ciencias útiles, la EM fue la formalización de un espacio para la formación de ingenieros. En 1886 se ordenó su creación, con Pedro Nel Ospina (1858-1927)⁷ como primer rector y Luis Tisnés como Vicerrector, nombrados por Rafael Núñez en 1887. Los estatutos de la EM, redactados por Tulio Ospina (1912a), “fueron una adaptación de las circunstancias del país [a] los de la Escuela de Minas de California, [en ellos] se dio importancia especial a las ciencias naturales aplicadas” (p. 126). También se dice que debido a contingencias administrativas la EM volvió a cerrar ese año para abrir oficialmente en 1888, momento en el que Efe Gómez ingresa a la carrera de Ingeniería de Minas (Escuela de Minas, 1888).

La EM era esencialmente de los hermanos Ospina, o mejor, de la Compañía Ospina Hermanos, empresa encargada de las operaciones de fundición, mineralogía, laboratorio y alquiler de minas a otras compañías extranjeras, además de involucrarse en actividades de ganadería, cultivo de café y posteriormente en el prestigioso Ferrocarril de Antioquia. Así pues, la EM sería también para ellos un medio a través del que podrían enriquecerse, pues entendían que formar ingenieros competentes en estas áreas podrían traerles beneficios monetarios. Los estudios de

⁶ Para 1893 ya había ingenieros antioqueños, pero no graduados en Antioquia debido a la inestabilidad de las instituciones de educación superior (Bravo Betancur, 2011, p. 62). El primer antioqueño en obtener el título de ingeniero fue Luis María Miranda en 1848 (Colegio Militar de Bogotá), seguido de los hermanos Ospina (Tulio y Pedro Nel) y José María Escovar (graduados en Estados Unidos). Todos colaboraron en el establecimiento de la EM en 1887. (p. 57).

⁷ Presidente de Colombia entre 1922-1926.

Murray (2012), Mayor Mora (1985), Safford (1989) y la documentación disponible (entre ella, cuentas y telegramas de los hermanos Ospina) evidencian que muchos estudiantes y profesores efectivamente se involucraron en varios de los proyectos o servicios que ofrecía la Compañía. En el Archivo Ospina Hermanos (ubicado en la Sala Patrimonial de la Universidad EAFIT), se encuentra, entre otros ejemplos, que José María Escovar, profesor de la Escuela y rector nombrado en 1899, era quien hacía las pruebas de pureza a las barras de oro para la venta. A pesar de las convicciones que impulsaban la inversión de tiempo y energía de los hermanos Ospina en la apertura de la EM, esta padeció los vaivenes del cambio de turno gubernamental que desembocaron en desorganización interna, admisión de estudiantes poco preparados, falta de presupuesto y, en consecuencia, una planta profesoral poco preparada para dictar las clases (Ospina, 1912a, p. 126). Con todo, la EM no solo sobrevivió sino que llegó a ser eventualmente la institución de la que egresaron la mayoría de los administradores de empresas públicas y privadas de todo el país.

Para comprender las convicciones sobre las que se fundó una institución como la EM es necesario trazar la marcha de las ideas, en especial si se tiene en cuenta que en los Estados Unidos de Colombia (1863-1886) —antes República de la Nueva Granada (1831-1858)—, “las ideas técnicas y científicas se originaban en el exterior” (Safford, 1989, p. 220), pues todavía había muy pocas oportunidades profesionales y de negocios al interior del país (p. 217). La ampliación del comercio exterior incitó a la clase alta latinoamericana a realizar sus estudios en Europa y en Estados Unidos, y los conservadores colombianos, como Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885)⁸, vieron en la educación técnica una manera de contener el caos social y de impulsar una economía como la de las grandes potencias mundiales (Safford, 1977, p. 122). Ospina Rodríguez intentó establecer colegios científico-industriales en Bogotá y en 1842 propuso un plan educativo que incluía asignaturas como mineralogía, química, geología (Safford, 1989, p. 180). Inculcó esta vocación científico-técnica en sus dos hijos, Tulio y Pedro Nel Ospina, a quienes envió a estudiar a la Universidad de Berkeley (matriculados en 1877, regresarían a Colombia en 1882) y quienes fundarían la EM en Medellín (1887), cuando la incipiente economía antioqueña buscaba herramientas que impulsaran la prolífica actividad minera. Sus dinámicas se transformaron a la

⁸ Presidente de Colombia entre 1857-1861.

par de los nuevos ideales que desde allí se promovieron. Así, los principios de las universidades anglosajonas llegaron hasta la región antioqueña bajo la consigna Trabajo y Rectitud.

La *modernización económica* global puso en evidencia la inadaptabilidad del mundo hispánico a las formas modernas, pues al resistirse a las nuevas concepciones científicas, obstaculizó los valores del desarrollo, de la ciencia y de la técnica. En comparación con naciones como Inglaterra o Francia, en España los nuevos conocimientos fueron acogidos muy tardíamente, pues demoró casi un siglo en dejar atrás su rol de receptora pasiva de las ideas científico-técnicas (Safford, 1989, pp. 27-30). Por tal razón, las élites hispanoamericanas, en su afán de enriquecimiento industrial y poderío económico, quisieron formar un tipo nacional que tomara del modelo anglosajón “su sentido del trabajo, su capacidad de rendimiento económico, su técnica y el espíritu de sus instituciones políticas”, pero que no renegara de “las virtudes ancestrales hispánicas” (Jaramillo, 2017, p. 53). Como lo enuncia Jaramillo Uribe, muchos líderes colombianos se esforzaron por mantener los hábitos del caballero hispánico y sus códigos de honor. El autor cita el ensayo *La república en América española* (1867) de Sergio Arboleda como una valoración positiva del legado español, pues a pesar de algunas funestas acciones de su gobierno,

España nos dejó buenas costumbres, admirablemente constituida la familia, hábitos arraigados de respeto a la autoridad y de consideración a la mujer, un clero virtuoso, creencias religiosas morales uniformes, cristianizados y puestos en vías de civilización los indios y los negros (p. 136).

En la introducción del *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono* (1910), Tulio Ospina (1941) expone juicios cercanos a los de Arboleda. Según Ospina, nuestra cultura social tiene como base la “cortesanía castellana –caracterizada por su espíritu caballeresco y franco y su tradicional rigor en cuanto a las relaciones domésticas” (p. 3). La cortesanía es ajena a las clases populares: “descendientes en gran parte de indios y africanos [...], se hallan muy atrasadas en materia de cultura” (p. 4) y, por ello, es tarea de las clases altas esforzarse por educarlos. Así pues, observamos que, aunque había una apertura hacia lo moderno en lo económico (inspirado por el espíritu del trabajo anglosajón), se conservaba un vínculo entrañable con las costumbres y los valores tradicionales castellanos. En esta materia, Tulio Ospina consideraba que el

norteamericano actuaba con “vulgar familiaridad”, en oposición a la “elegante sencillez” del español.

1. 2. Vida estudiantil

Los principios rectores de los hermanos Ospina, aquellos que adquirieron en su entorno familiar y empresarial, así como a través de su formación universitaria en Estados Unidos, se reflejaron en las estrictas normas de la EM: los reconocimientos eran tanto académicos como por buena conducta, las penas correccionales eran amonestaciones o aislamientos y los exámenes muchas veces se presentaban ante el rector y los altos mandos directivos de la institución (Ospina, 1912a, p. 239). Bajo la premisa de que “educar es civilizar” (Ospina, 1941, p. 4), los Ospina se empeñaron en modificar el carácter de sus estudiantes —los *hombres nuevos* en potencia— inculcándoles una “base moral” que rigiera los conocimientos científicos. Tulio Ospina (1912b) llegó a afirmar que la honradez, la rectitud, la justicia, la disciplina y el orden desempeñaban “un papel más importante que la ciencia”, pues su programa no era científico: era moral (p. 234). Mayor Mora (1985) sostiene que esta condición aseguró el reconocimiento nacional de la EM como institución y su diploma como la “mejor prenda de valor moral” (p. 48), condición que, en últimas, posibilitaría el *ascenso social* de la mayoría de sus egresados.

A pesar de las altas exigencias, para el momento de apertura de la EM (1888) solo se requerían “conocimientos en Castellano, Aritmética y Geografía” (Ospina, 1912a, p. 142) para ser admitido. En 1893 se gradúa la primera cohorte de ingenieros y, a pesar de que ese año se matriculan 56 alumnos, la Escuela es clausurada entre 1895 y 1904 por tensiones políticas (Murray, 2012, p. 24). En la lista de los primeros graduados figuran Carlos Cock, Antonio Álvarez y Alonso Robledo Villa. Efe Gómez no figura junto a estos personajes en la lista a pesar de que también termina su plan de estudios en 1893, según documenta Naranjo Boza (2017b). No contamos con ninguna fuente primaria que documente su graduación. Según el Informe de Tulio Ospina (1912a), debido al período de inestabilidad administrativa era común que hasta los más notables estudiantes no se graduaran: “la gran mayoría de alumnos que han ejecutado tan notable labor no alcanzaron a coronar su carrera, por las contrariedades que hasta muy reciente han afectado la Escuela” (p. 134), pero el citado investigador afirma la existencia de tres testimonios que indican que Efe Gómez decide no recibir el diploma el día de su graduación: su hija Margarita

Gómez Agudelo, Ignacio Isaza y Horacio Franco (Naranjo Boza, 2017b) sostienen que las directivas de la EM niegan el grado a algunos de sus compañeros por cuestiones no-académicas, pero que Efe Gómez no se gradúa en protesta a la decisión institucional (p. 97-100). En la lista de ex-alumnos notables sí hallamos a Efe Gómez con la siguiente descripción profesional: “*Francisco Gómez.*—Inventor del sistema especial de cianuración que se emplea actualmente en el Zancudo; Ingeniero de la Western Andes Mining C.º; (antiguo Departamento del Cauca); Profesor de la Escuela de Minas” (Ospina, 1912a, p. 131). Con esta huella perfilamos a Efe Gómez como integrante de la institución.

Como se ha expuesto, en la EM la prioridad era “lo práctico”, heredado del espíritu anglosajón, a tal punto que se rechazaba el énfasis en matemáticas puras o trascendentales (Safford, 1989, p. 230). A diferencia de la Escuela Militar, que buscó la profesionalización del ejército y se inclinó hacia lo civil; o de la Escuela de Ingeniería Civil de la Universidad Nacional en Bogotá, donde la élite intelectual desvió el debate hacia lo filosófico y político,⁹ el pénsum de la EM, por el contrario, gracias a la intervención del propio Pedro Nel Ospina, redujo a una materia de matemáticas lo que equivalía a los primeros dos años básicos, excluyendo temas fundamentales como aritmética o álgebra pura para dar lugar a materias más prácticas como metalurgia, explotación, geología y mineralogía (Rueda Cardozo, 1982, pp. 138-139). Así, la orientación académico-científica fue clara desde el principio: la teoría se dictaba en función de la praxis profesional, haciendo más especializada la formación de los estudiantes (Mayor Mora 1985, p. 58). En el plan de estudios de Efe Gómez se puede observar que casi todas las materias tenían un apellido específico: “física industrial”, “química cualitativa”, “química industrial”. En la misma hoja de calificaciones finales está escrito a mano: “aprobado con plenitud y notable” con una calificación de 5 en casi todas sus materias, a excepción de álgebra y mineralogía, dibujo lineal, y análisis de soplete (Escuela de Minas, 1888). El desempeño de Gómez fue tal que, durante el

⁹ Rueda Cardozo (1982) sostiene que en la Universidad Nacional de Bogotá se debatía sobre las corrientes intelectuales contemporáneas y los cuestionamientos políticos que surgían en el país, por ejemplo, sobre el derecho del Estado a intervenir en la educación. Para el autor, aun cuando la Universidad deseara el desarrollo material del país, estos debates evidenciaban la importancia dada a las humanidades en detrimento de las disciplinas más técnicas. Las discusiones después pasaron a otros planos como el de las políticas económicas, que fueron más propicias para la formación de ingenieros (p. 58-59).

rectorado de Eduardo Zuleta en 1893, obtuvo una licencia temporal para dictar clases de geología como profesor suplente, lo cual consta en una carta de marzo 15 de este mismo año (Zuleta, 1893).

Siguiendo a Vierhaus (2002), en la Europa del siglo XVIII se dio la discusión sobre “si y en qué medida en la educación la plenitud del individuo se sacrifica a su utilidad” (p. 19). Algunos intelectuales se inclinaron hacia la corriente filantrópica, es decir, aquella que dicta que los límites de la formación son los beneficios que esta trae al Estado, mientras que otros sostuvieron que primero se debía pensar en la meta general de la formación humana. Humboldt fue uno de los defensores de una educación distante de las concepciones burguesas, en la que el Estado solo debía disponer los medios y las formas para la ciencia (p. 20). En nuestro caso particular, las directivas de la EM tenían claro que para ellos “el carácter es más importante que la ciencia” (Ospina, 1912b, p. 234-235), más concretamente, concebían que de la dualidad de entidades de la que consta el hombre en sociedad, la individual y la colectiva, “la segunda [es] infinitamente superior a la primera” (p. 235): a pesar de que el programa formativo inicial de la EM subyugaba la ciencia a la moral, los intereses de la sociedad (familia, nacionalidad, patria y comunidad religiosa) siempre iban por encima de la voluntad individual. El conocimiento por sí mismo o los intereses intelectuales de cada hombre que estuvieran al margen del mercado, no tenían tanto valor como el rol social al que conducía la estricta orientación ética de la EM.

La EM no fue la única institución colombiana que buscó modificar así el carácter de sus estudiantes. El Decreto 595 de 1886 estipulaba que las instituciones de educación primaria debían elevar el sentimiento moral (y religioso) de los niños y el buen comportamiento también se hizo “más importante que la instrucción misma” (Rengifo, 2021, p. 45). Los liberales criticaron esta tendencia educativa que, además, solía priorizar los saberes clásicos (como las lenguas muertas) por encima de los avances tecnológicos. Sin embargo, desde el gobierno central de la Regeneración (1878-1898) no se dictaron criterios orientadores para los currículos (p. 45), aunque sí se promovió una escolarización fundamentada en las directrices de la religión católica. Vemos que, en la forma de educar y en su orientación ética, la EM sostenía las formas más tradicionales de la instrucción conservadora, pero la agenda de los contenidos científico-prácticos que promulgaba y su “modelo de consagración íntegra al trabajo” (Mayor Mora, 1985, p. 90) la hacían inclinarse hacia una ética secular. Esto último quiere decir que la educación ya no solo dependía de las creencias religiosas, sino que se juzgaba según el beneficio que pudiera tener para la sociedad: surge una separación de

la ética y la religión, aunque puedan ser codependientes. De hecho, los Ospina siempre buscaron cómo conciliar su doctrina católica con el manejo científico del trabajo. Más adelante, Mariano Ospina Pérez (1938)¹⁰ —hijo de Tulio Ospina— llamaría a esta conciliación “catolicismo social” y aseguró que era el único oponente eficaz contra el gran fantasma comunista, argumentando que “hay también algo de sagrado en el capital cuando él se aplica a fecundar la eficacia productora del trabajo” (p. 175).

1. 3. Las ciencias útiles y la literatura

Anteriormente mencionamos que uno de los antecedentes intelectuales más decisivos para los fundadores de la EM fue Mariano Ospina Rodríguez, por el interés que estimuló en sus hijos Tulio y Pedro Nel hacia las ciencias aplicadas y su intento de promover ese modelo educativo en el país. Como tal, es importante resaltar la *actitud social* hacia la literatura nacida de su postura utilitarista. Para evidenciar la radicalidad de esta actitud se evocan las siguientes líneas de Ospina Rodríguez (1877) citadas por Gómez Barrientos (1921): “hay ciencias muy atractivas pero poco provechosas [como] la Botánica, [...] que deben dejarse a los ricos, y en el mismo caso se halla la Literatura” (p. 14). Aquí cabe anunciar que, aunque menos radicalmente, ya escritores como Emiro Kastos – en 1855– y Fernando González más adelante –en 1919–, manifestarían que “la industria [...] es la gran cuestión de la época” (citado en Mantilla Medina, 2014, p. 320) o que, mientras en Colombia se hablaba de lírica y gramática, en el mundo se discutía sobre “bancos de emisión y de leyes de bronce” (González Ochoa, 2002, p. 3). Estos hombres, que Safford denomina “neo-borbones”, coincidieron en que Colombia necesitaba más industriales que poetas, doctores y políticos.¹¹ Ospina Rodríguez (1877), el más importante portavoz de estas ideas, lleva esta concepción hasta las últimas consecuencias asegurando que “para adelantar mucho en las ciencias aplicadas, es necesario renunciar a las lecturas amenas, que quitan tiempo y fatigan la cabeza sin provecho” (citado en Gómez Barrientos, 1921, p. 14), pues la literatura fomenta “la holgazanería, la vanidad y la pereza” (Gómez Barrientos, 1913, p. 294). En consonancia, pensaba que el principio de la escritura era la “claridad y la precisión”, siendo estas el “mayor mérito del estilo” (p. 231) y era

¹⁰ Presidente entre 1946-1950.

¹¹ Baste citar el título del primer capítulo de *Una tesis* (1919), de González (2002): “De como en Colombia hay muchos doctores, muchos poetas, muchas escuelas y poca agricultura y pocos caminos” (p. 3).

esto lo que aconsejaba a sus hijos Tulio y Pedro Nel, pues las figuras retóricas que predominaban gracias a los franceses eran “el vicio dominante” (p. 231).

Así pues, es lícito preguntarnos cómo se forma un escritor en un entorno aparentemente reacio a la literatura. En la conferencia dictada para clausurar el año escolar de 1912, Tulio Ospina (1912b) declara admiración por el orden, la energía y la constancia en el trabajo del espíritu anglosajón que laboraba desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, razón por la que consideraba que los norteamericanos eran superiores a los latinoamericanos (p. 237). Con todo, las élites antioqueñas mantuvieron una posición ambigua frente a las letras, puesto que, como veremos más adelante, los mismos hermanos Ospina y profesores como José María Escovar y Eduardo Zuleta publicaron en la revista literaria *El Montañés* (1897-1899) junto a Efe Gómez [2.2]. Aun cuando los relatos de Tulio Ospina: “Río arriba” (1897) y “En el silencio de las selvas” (1898) y de Pedro Nel Ospina: “Un demonio anfibio” (1898) no explicitan su posición frente a la literatura, temáticamente no se distancian del ruralismo hispánico que, según Jaramillo Uribe (2017), está relacionado con el desdén hacia la actividad racional, pues en la trascendencia de la tierra y el cielo se encuentra la divina providencia y sus misterios (p. 45). Oscilantes entre la indiferencia y la afición a la literatura, la familia Ospina nos muestra que, además de la tensión entre lo cortesano y lo burgués, lo anglosajón y lo hispánico, también existía una tensión entre la *productividad* y la *sensibilidad* del *hombre nuevo* que se formaba en la EM.

La tensión se acentúa al precisar que bajo los preceptos fundadores de la EM también se instituyeron materias como Inglés, Religión y Urbanidad, complementos de la formación científica. Según Bravo Betancur (2011), los textos guías, no traducidos entonces, eran en inglés y en francés, lo que implicaba que los estudiantes debían tener un mínimo dominio de estos idiomas. Gómez no fue la excepción, y esto le permitió leer mucho más adelante a poetas inglesas como Laurence Hope (L12, 1932)¹² e interesarse en las raíces latinas y griegas de palabras como “vascular” o “andrógeno” (L17, 1897). Religión y Urbanidad se dictaban bajo la orientación de Pedro Nel Ospina y se leía el conocido catecismo del padre Astete (Mayor Mora, 1985, p. 47). Estas materias no eran tan complementarias, sino que se decían fundamentales para la formación

¹² Dado que las libretas de Efe Gómez no cuentan con paginación, en adelante citaremos L(número de libreta), (año).

de los estudiantes, pues aun cuando debieron eliminarse del p nsu m unos años después, Tulio Ospina (1912b) siempre resaltó la importancia de que los profesores y superiores continuaran la enseñanza de la moral cristiana y la elevación del carácter (p. 236).

Vemos que había dos aristas de la *formación* que se impartía en la EM: la científica y la moral, bajo la premisa de que las “cualidades morales tienen consecuencias útiles” (Mayor Mora, 1985, p. 69). Con lo anterior, podemos afirmar que la propuesta educativa de la EM no formaba a sus estudiantes en las artes, las letras o los estudios clásicos (que conocemos como “humanidades”), saberes que pudieron estimular el interés literario de Efe Gómez. Sin embargo, el ideal de Tulio Ospina (1912b) era formar hombres “laboriosos y honrados”, aspectos que comprendían también la “veracidad, disciplina y cumplimiento del deber” (p. 238): el ideal trascendía la mera educación científica. Como señala López en 1907, incentivar estas cualidades en los estudiantes era para las directivas de la institución cultivar una sensibilidad: “de nada sirve a un ingeniero la educación de su inteligencia, si ha olvidado o menospreciado la educación del tacto y la sensibilidad, o si el estudio no lo ha dotado de un alto espíritu de justicia y de disciplina” (citado en Mayor Mora, 1985, p. 83). Su cultivo en la EM era equivalente a la enseñanza de los códigos de honor, los manuales de etiqueta o los protocolos y conocimientos necesarios para dirigir los negocios. En últimas, la EM comprendió que la formación de un *hombre nuevo* también implicaba el cultivo de una nueva sensibilidad, aun cuando se restringiera, casi siempre, a normas de buen comportamiento.

Sería inadecuado argüir que gracias a la cátedra moral en la EM Efe Gómez desarrolló a tal punto su sensibilidad que decidió iniciar su camino como escritor, en especial si concluimos que no había un fomento de las artes y la literatura desde las aulas, sino una buena educación para forjar buenos ciudadanos. Sin embargo, tampoco podemos ignorar que esta formación fue la base, tanto en temas como en figuras, de su literatura: all  form  su primera sensibilidad literaria, proyect  su primera búsqueda de una expresión propia. La EM fue el espacio “en su múltiple condicionamiento [...] que se traduce luego en literatura” (Gutiérrez Girardot, 1975, p. 1), esto es, el *espacio vital*. Los valores morales en los que insistía Tulio Ospina eran también, disfrazados, los valores sociales de la naciente burguesía industrial antioqueña, que se transformaron en el modelo o filtro a través del cual Efe Gómez empezó a juzgar el mundo. Las *condiciones de la experiencia* que subyacen a su obra literaria estuvieron determinadas por esta base educativa, aun

cuando en sus reflexiones individuales muy tempranamente haya intentado trascenderla o refutarla.

Tras este examen, concluimos que la EM no fomentó en el joven Efe Gómez un interés directo en lo literario. Como *institución*, la EM fomentó la formación de estudiantes en las ideas (normas, valoraciones, hábitos) de sus directivas, cualidades que estas consideraban idóneas para la formación de buenos ciudadanos y de los futuros dirigentes empresariales que el país necesitaba. Sin embargo, como *espacio vital*, sí lo dotó de una sensibilidad moral y social que amplió su capacidad para pensar el mundo desde esta perspectiva, condición necesaria para que cultivara la literatura por sí mismo. En otras palabras, a pesar de que la *formación literaria* escapaba propiamente a la EM, sí le brindó los primeros insumos intelectuales para pensar la sociedad que se transformaba a su alrededor, insumos que Efe Gómez tomaría para impulsar su *autoformación* en este ámbito. En el siguiente capítulo veremos en mayor detalle cómo se acercó el joven Efe Gómez a la literatura a partir de los condicionamientos y posibilidades que le ofreció la EM como *espacio vital*.

Cap. 2. Acceso y vocación por la literatura (1890-1899)

2.1. Primeros acercamientos a la literatura

Ya establecimos en el apartado 1.3 que la sensibilidad moral y social adquirida por Efe Gómez en la EM fue el precedente fundamental para su acercamiento autónomo a la literatura. En este capítulo desentrañaremos las demás condiciones que posibilitaron su auto-cultivo y profundizaremos en la tensión esbozada entre su educación y su formación. Empezaremos por rastrear los referentes literarios de los que dispuso Efe Gómez en su medio y el estado de las letras durante su período de formación en ellas.

Según Naranjo Boza (2017a), el padre de Efe Gómez tenía una biblioteca en la que pudo leer a clásicos como Homero, Dante, Shakespeare y Goethe; y un año antes de ingresar a la EM lee a Andrés Bello en una clase de Retórica de la Universidad de Antioquia (p. 105). Para el año de 1870, Antioquia llevaba la ventaja frente a los demás departamentos en cuanto a instituciones de educación primaria (Safford, 1989, p. 54), de manera tal que, para el año en el que nace el escritor, existe una mayor posibilidad de alfabetización. Para fin de siglo, el departamento contaba con la tasa más alta en esta materia (Vasco Acosta, 2016, p. 56). Sin embargo, fuera de la condición básica de saber leer y escribir, para acceder a los espacios que garantizaban el cultivo de la literatura y la posibilidad de publicar se requería de una determinada posición social en la época (p. 38). En nuestra investigación ya expusimos cómo la EM movilizó a Efe Gómez en la escala social [1.2], lo que facilitó su vínculo con las sociabilidades literarias [2.2].

En Latinoamérica, las letras apenas brotaban de las nuevas repúblicas independientes. Entre 1860-1890, fue inminente la reconstrucción social y política del continente, que se llevó a cabo de la mano de los intelectuales “luchadores y constructores” que solían ver en la literatura una actividad de servicio público (Henríquez Ureña, 2014, p. 227). A esta etapa de estabilidad y organización le siguió un período de gran florecimiento artístico (1890-1920)¹³, lo cual hizo que los intelectuales se dedicaran cada vez más al oficio que habían escogido: para el caso, la escritura,

¹³ El proceso no avanza con uniformidad en todos los países latinoamericanos. Los primeros en alcanzar altos niveles de prosperidad fueron Argentina y Uruguay, seguidos de Brasil, Chile y México. Los “demás países” (en los que se incluye Colombia), con “una organización menos perfecta”, estaban todavía sumidos en la anarquía (Henríquez Ureña, 2014, p. 239).

convirtiendo al escritor latinoamericano en el punto de partida del campo literario en formación del siglo XIX (Gutiérrez Girardot, 1989-90, p. 17), pues es él quien rompe los obstáculos que le impone su medio para la construcción de la vida literaria. A diferencia del *homme de lettres* europeo del siglo XVIII, nuestro hombre de letras no tenía el apoyo del rey ni de un aparato institucional que le permitiera vivir de la pluma. En consecuencia, la mayor parte dependía de su propio autocultivo, en otras palabras, de su propia *vocación* letrada, lo cual, sumado a la inestabilidad política propia del nacimiento y formación de las naciones latinoamericanas, propició cierto “aventurerismo” e inconstancia frente a la vida intelectual.¹⁴

2. 2. Las sociedades literarias

A pesar de que en Colombia no existió el escritor profesional hasta bien entrado el siglo XX, sí podemos afirmar que la figura del escritor se encontraba en *proceso de formación*. El surgimiento de agentes comerciales como librerías, papelerías e imprentas, sumado al aumento de la actividad asociativa promovida por el Estado para la *formación de ciudadanos*, constituyeron una serie de condiciones de posibilidad para que los hombres se reunieran a discutir, opinar, leer (y leerse), a pensar en conjunto. Esto último fue también producto del *proceso de modernización* general experimentado por el continente [Preámbulo], no porque los hombres no se vincularan en las sociedades tradicionales del pasado, sino porque cambia su finalidad: “no se reúnen porque piensan de la misma manera, sino que se reúnen para pensar juntos” (Guerra, 1989, p. 11). La característica que definió a muchas “sociedades de pensamiento” fue su dedicación e interés particular en la literatura, y en este caso particular, nuevos grupos de escritores y lectores tuvieron la iniciativa de gestionar y especializar los medios periódicos en los que querían promover lo literario. Las nuevas prácticas proliferaron en todo el país, impactando también la región antioqueña en la que por entonces se formaba Efe Gómez.

Muy tempranamente, Antioquia tuvo interés en declarar la autonomía de su literatura para probar al resto de la República que “ha tenido y tiene poetas, filósofos, moralistas, escritores de costumbres y novelistas que pueden brillar dignamente en el cielo literario” (Molina, 1988, p. 4).

¹⁴ “Nuestra estructura social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor ‘más’ otra cosa u otras cosas” (Reyes, 1991, p. 232).

Una de sus primeras manifestaciones fue precisamente la compilación llamada *Antioquia literaria* (1878), cuyo editor y prologuista, el impresor Juan José Molina, se constituyó en un precedente importante de los primeros relatos que se difundieron en la región. La mayoría de sus autores pertenecieron a la primera generación de literatos, “hombres de clase alta cuya educación los dotaría de una sensibilidad moral y social” (Vasco Acosta, 2016, p. 60), muchos de ellos dedicados a la medicina, la abogacía o a la ingeniería, aunque también había “sacerdotes, comerciantes, periodistas, e incluso estudiantes” (p. 60). Fueron ellos quienes inauguraron revistas literarias como *El liceo antioqueño* (1881-1887), después *La Miscelánea* (1886-1914), *La bohemia alegre* (1895-1897), *El Repertorio* (1896-1897) y *El Montañés* (1897-1899). La organización editorial funcionaba al interior de las sociedades literarias, existían distintos roles (secretario-tesorero, director-editor) e incluso se escribían actas y relatorías de algunas sesiones de encuentro. Así pues, vemos que la literatura antioqueña no surgió ni aislada ni espontáneamente, sino que buscó caminos hacia su *institucionalización* y a su vez fue producto de otras *instituciones* como la misma EM o la Universidad de Antioquia. Los hombres que constituyeron estas sociedades tuvieron cierto grado de conciencia de que, en cuanto a la literatura, tendrían que formarse a sí mismos:

[...] somos un pueblo demasiado pobre para que los verdaderos literatos puedan aquí formarse y en su labor perduren [...]. De modo que el artista que de veras ama su arte y tiene anhelos de perfección ha de *formarse solo*, constituyéndose en su propio y único juez (L, 1897, p. 8. *Cursivas nuestras*).

En este activo y prolífico contexto, en el que los antioqueños estaban definiendo su literatura, participó Efe Gómez. Según Naranjo Boza (2017a), desde 1888 ya leía a grandes clásicos como Emerson y Cervantes y desde 1893 comienza a frecuentar “La tertulia literaria”. Por las crónicas de Julio Vives Guerra (1963) (pseudónimo de José Velásquez García) también sabemos que frecuentó el *Café La Bastilla* en Medellín, donde tenían lugar varias tertulias de la época como “La bohemia alegre” en la que participó “Efe Gómez, con la sonrisa guasona estereotipada en los labios” (p. 157). La primera parte de esta crónica narra los momentos en los que compartían empanadas y tamales; la segunda, aquellos en los que se entregaban a la versificación. Según el cronista, Efe Gómez manifestaba siempre su inconformidad diciendo: “¡Va la madre para el que haga versos, y la abuela para el que los recite!” (p. 159), mientras los demás

lo llamaban filisteo por protestar. Se recordaban citas de Shakespeare, Heine y Molière en la misma sesión. De la mano de las tertulias, Efe Gómez tuvo una consistente participación en la junta redactora de *El Montañés: revista de literatura, artes y ciencias* (1897-1899). La revista se definió heredera de *El Repertorio* (1896-1897) a pesar de que se decía libre de escuela literaria o filosófica, a tal punto que daba libertad a los escritores de firmar con pseudónimos. En *El Montañés* no solo se publicaron cuentos de Efe Gómez: también una crítica entusiasta de “En las minas” (1897) escrita por Juan del Martillo (pseudónimo de Camilo Botero Guerra); sus poemas “De un párrafo de Stendhal” (1897) y “Leyendo a Dante” (1898); incluso, en la sección titulada “perfiles antioqueños”, un poema de Tobías Jiménez (1897) dedicado a Efe Gómez, en el que la descripción del ingeniero coincide con la de Vives Guerra: “en la burla su labio hiel destila/ Y da pavor su hiriente carcajada” (p. 112).

José María Escovar, Pedro Nel Ospina, Mariano Ospina Vásquez y Tulio Ospina, directivos de la EM, fueron a su vez miembros importantes de algunas sociedades literarias y de muchas de las iniciativas para el fomento de la literatura. A pesar de que la mayoría de las revistas no eran especializadas sino híbridos entre ciencias, artes y literatura, los mencionados empresarios trascendieron el ámbito especializado de sus saberes prácticos y se aventuraron en algunos casos a la escritura creativa, eso sí, añadiendo a la dirección editorial el enfoque racionalizador y organizativo que caracterizaba “el manejo científico” promovido por la EM. En el acta fundadora de *El Montañés* es notorio el grado de racionalización con la que fue constituida la sociedad: el Capítulo V, Artículo 24, establece que una de sus atribuciones era “dirigir en general los trabajos de la sociedad como empresa industrial”, y en el Capítulo III se muestra un grado de división del trabajo asociativo: hay una asamblea general de accionistas, un gerente, un secretario-tesorero, un revisor y se deja la posibilidad de vincular nuevos empleados que se consideren necesarios (Grupo Historia Empresarial EAFIT, 2006, p. 396). Junto a estas declaraciones figura la firma de Efe Gómez junto a las de Mariano Ospina Vásquez, Gabriel Latorre y Gerardo Gutiérrez. En las crónicas de Vives Guerra se narra que los Ospina hicieron parte de la “Junta Isaacs”¹⁵ y que también estuvieron presentes en “La tertulia literaria” junto a personajes de la vida cultural entre

¹⁵ La junta fue creada “para trabajar por la recolección de fondos destinados a erigir un monumento digno del insigne autor de ‘María’” (Vives Guerra, 1994, p. 116).

los que figuran el mismo Efe Gómez, Gonzalo Vidal (músico), el pintor Francisco Antonio Cano, Carlos E. Restrepo¹⁶ y Carlos A. Molina en 1895. Todo lo anterior para mostrar que el modelo de *hombre nuevo* calculador, formado en la EM, no estaba lejos de los espacios que posibilitaron el movimiento literario antioqueño.

Aún con el compromiso literario que adquirieron muchos de los hombres industrioses o empresarios de la sociedad antioqueña, la tensión entre sensibilidad y productividad seguía vigente al interior de las nuevas empresas culturales que ellos mismos crearon. Es la misma tensión existente entre los distintos ideales de “civilización”, de “tradición literaria”, en últimas, la disputa sobre el tipo de hombre que requería la nueva sociedad en tránsito. La tensión es omnipresente para la época, pues como afirma Georg Simmel (2001), la puntualidad, calculabilidad y exactitud que le imponen a la vida las transformaciones urbanas [Preámbulo], no solo tiene que ver con lo económico, sino que “deben colorear los contenidos de la vida y favorecer la exclusión de aquellos rasgos esenciales e impulsos irracionales” (p. 381). Algunos escritores antioqueños del siglo XIX sabían que a los moradores de “esta pobre tierra [...] solo preocupan los intereses pecunarios” (H, 1897, p. 19). Así los acusaba Juan José Molina (1886):

¿tuviera aceptación este libro, podría distraer por un momento la atención de esta sociedad *yankee* consagrada con pasión al trabajo? Pudiera ser del agrado del público lector que solo busca grandes distracciones y rehúsa contraer la mente a pensamientos que no sean los generadores de sus empresas? (p. VI)

También Mariano Ospina Vásquez (1898) (o Prólogo, como firmaba sus “Impresiones personalísimas” en *El Montañés*) pregunta al público lector de la revista: “¿civilización querrá decir ferrocarriles y telégrafos? ¿No será más bien amplitud de comprensión y alteza de aspiraciones? ¿No será tolerancia e idealidad: un perfeccionamiento del sentido espiritual de lo justo, y del sentido de lo bello?” (p. 409).

¹⁶ Presidente de Colombia entre 1910-1914.

2. 3. Sensibilidad y productividad en *Cuaderno de materia prima* (1890)¹⁷

En la atmósfera de modernización en la que estaba sumergido Efe Gómez junto a sus contemporáneos, incluso las formas de aprehender lo sensible estaban en constante cambio. La capacidad que desarrollaron las sociedades para enfrentar los cambios políticos de manera estética implicó una expansión de la sensibilidad humana (Berman, 1991, p. 12). En la Carta a Abel Farina (Gómez, 1900), nuestro sujeto de investigación examinó la posibilidad de que la actividad humana se hubiera “desparramado” y, por esa razón, el poeta se creía obligado a sentirlo todo (p. XXIX). Conforme se daba esta expansión también había una mayor tendencia al cálculo, al ahorro del tiempo de trabajo (productividad) y, en general, a una “objetividad despiadada” (Simmel, 2001, p. 379). A continuación, veremos cómo el estudiante Efe Gómez enfrentaba estos condicionamientos.

Una libreta de pasta color verde con fecha de 1890 (libreta 6 en el Fondo), de 15 centímetros de largo por 9.5 de ancho, es el testimonio de sus aproximaciones, juegos, borradores e ideas esbozadas a lo largo de su época estudiantil. Las páginas, además de líneas horizontales, también tienen algunas líneas rojas verticales, a la manera de los libros de contabilidad decimonónicos. Al comparar con las libretas de Fernando González deducimos que este mismo diseño de página se usaba generalmente en libretas de bolsillo. En la caligrafía de Efe Gómez (1980) se lee el título *Cuaderno de materia prima* con su firma debajo y fecha:

Hoy cumpla veintiún años. Ya soy pues ciudadano. Un *deber* más! Y aún no tengo un carácter *formado*. “Un hábito vence á otro hábito” dice el autor de la Imitación. Trabajaré, pues, por hacerme reflexivo y enérgico Voluntad! Es lo q' me falta¹⁸

9 de mayo de 1890 (Cmp. Cursivas nuestras)

En este breve fragmento, escrito a manera de reflexión diaria, se vislumbra la preocupación del joven por el *deber* del ciudadano moderno, es decir, por la *formación del hombre para la sociedad*. Anteriormente [1.3] concluimos que la educación en la EM tenía como uno de sus propósitos fundamentales formar buenos ciudadanos, sin embargo, en la cita anterior vemos cómo el joven Efe Gómez se consideraba entonces un carácter en devenir. Tulio Ospina (1912b) afirmó en una conferencia de 1912 que el medio para “alcanzar la deseada Rectitud” (p. 236) era la moral

¹⁷ En adelante (Cmp), que corresponde a la libreta 6.

¹⁸ Se transcribirán los fragmentos de la libreta tal cual están escritos, sin actualizaciones orto-tipográficas.

cristiana, por lo que se entiende la referencia de Efe Gómez a la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis: el deseo de formarse a sí mismo está vinculado con un ideal cristiano. Naranjo (2006) atribuye parte de la dureza del joven consigo mismo a su catolicismo (p.113). Pero lo que más interesa a esta investigación es esa primera definición de su propio carácter: su juicio de que la falta de valor o de voluntad, de ser todavía un *proyecto de sí mismo*, es aquello que le impide concluir su *formación*.

La *formación* a la que el joven escritor aspiraba, o mejor, su “tipo ideal íntimamente coherente y claramente determinado” (Jaeger, 2000, p. 19) era el de un hombre con “espíritu más luminoso”, estado que creía se alcanzaba a través del cumplimiento del *deber*. A pesar de su “errancia”, el espíritu es lo que permanece: “el suave calor de los afectos templados”, opuesto a la aventura de “las ondas agitadas del mar del vivir” (Cmp). En su cuento *Inofensivo* (1899) se refuerza a profundidad la idea de que “en la abnegación, en la aceptación del dolor como augusto amigo y no como antagonista de la vida, se encuentra el consuelo” (Gómez, 1899, p. 136), no en los “placeres egoístas” (p. 135), que no generan la misma “satisfacción inefable del *deber* cumplido” (Cmp. Cursivas nuestras). A pesar de su convencimiento de que la fuerza del espíritu es proporcional a la capacidad de cumplir con el *deber*, la inconformidad del joven Efe Gómez con su propio espíritu es un motivo que se repite, justamente, por la dificultad de encarnar ese principio. Escribe que su “cuerpo [es] innoble y bajo” y que su desequilibrio es tal que “las almas que Dante describe aprisionadas en los retorcidos troncos de estériles arbustos en un arenal de su Infierno” son su “símbolo”. Esta pesadumbre vital o, en sus propias palabras, “anemia del alma” se justifica en la consideración de que su cuerpo “para nada se acuerda de sus *funciones morales*” (Cmp. Cursivas nuestras). Aquí debemos recordar que en la EM el olvido del *deber* se ligaba al olvido de racionalización de la vida diaria (Mayor Mora, 1985, p. 38), de tal manera que la proyección espiritual y moral de Efe Gómez, su sensibilidad en expansión, no obedecía por completo a la contabilidad moral y a la racionalización del mundo que le fue inculcada como camino formativo. En últimas, vemos la dificultad para resolver la tensión con los valores inculcados en su *espacio vital*: la deseada rectitud lo aparta de una “libertad soñada”, a tal punto que llega a considerarse “un atado reo” o “un ser disconforme con su propia naturaleza” (Cmp).

Sin embargo, el joven estudiante reconoce que existe un espacio en el que puede ir trazando su nueva y propia sensibilidad: la escritura, luminosidad espiritual que se alcanza en “la

originalidad del decir" (Cmp). La premisa básica para cultivarla: "el único amigo de cada uno es uno mismo", se convierte en el único refugio "cuando los hombres me hieran o me hastíen", convicciones que acentúan su individualidad pero también lo movilizan a conocerse, pues la escritura le permite volver a su "yo pretérito" (Cmp). Tras esto concluimos que, a pesar de que la orientación moral de la EM —parafraseando a Marshall Berman— asfixia la sensibilidad que ella misma posibilita¹⁹, la escritura le permite a Efe Gómez continuar expandiéndola, incluso cuando reconoce que tendrá que cultivarla con sus propias fuerzas. De allí surge el ideal del autodesarrollo o *autoformación* que precisamente es posible gracias a "la incipiente realidad del desarrollo económico burgués" (Berman, 1991, p. 91), cuyos principios encarna la EM. Es así como el joven Efe Gómez entra en conflicto con su *formación institucional*, pero a su vez encuentra cómo superarla. Es lo que aquí estudiamos como *vocación*: aquello que le permitirá a Efe Gómez realizarse a través de "lo bello", "lo sensible", por fuera de los rudimentos que le impuso su medio.

¹⁹ Marshall Berman (1991) afirma que el capitalismo destruye las posibilidades humanas que crea, pues "alberga fuerzas, autodesarrollo para todos, pero de modos restringidos y distorsionados" (p. 91).

Cap. 3. El trabajo en las minas (1890-1899): última etapa de formación

3. 1. Profesión y vocación

En los capítulos anteriores hemos profundizado en el acercamiento de Efe Gómez a su profesión [Cap. 1. Medellín: Escuela de Minas (1888-1893)] y a su vocación [Cap. 2. Acceso y vocación por la literatura (1890-1899)], actividades que trazaron los caminos de su literatura. Tras este examen, vemos una educación utilitarista que, por sus mismos principios modernos, entra en tensión con la sensibilidad que ella misma propicia. Lo que nos interesó entonces fue cómo las redes institucionales y sociales permearon el *ethos* del escritor en sus años de juventud y la manera en la que este se encauzó en la escritura. Su *formación*, sin embargo, no culmina con los estudios de educación superior. Tras desglosar la doble condición académica y escritural de la formación temprana de Efe Gómez, es necesario preguntarnos ahora por la relación entre aquellos inicios y la última etapa de su formación, experiencia donde confluirán su saber profesional y *ethos* vocacional: el trabajo en las minas.

Según lo descrito en el Capítulo 1, la *formación* en la EM coincidía con el espíritu descrito en 1905 por Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, tal como lo expone Mayor Mora en el citado libro *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (1985). Uno de los mejores productos de esta mentalidad fue el ingeniero Alejandro López, promotor del “manejo científico del trabajo” o Economía Industrial, cuya clase dictó en la EM entre 1912-1920. López figura como un estudiante y profesor destacado, así como administrador de empresas tan importantes como la Sociedad (de minas) El Zancudo y el Ferrocarril de Antioquia (Ospina, 1912a, p. 131), en las que Efe Gómez tuvo también un rol asignado. Mayor Mora (1985) afirma que fue miembro de la Sociedad antes de 1912 (p. 230) y Naranjo (2017a), que fue auditor del Ferrocarril de Antioquia cerca de 1924-1930, aunque en tareas más secundarias y anteriores a la dirección de López (p. 12). Si bien no podemos establecer un vínculo inquebrantable entre ellos, las tesis planteadas por López permiten rastrear las concepciones de profesión y vocación que heredarían los egresados de la institución, de manera tal que nos acerquemos cada vez más al *ethos* que movía a Efe Gómez en su praxis intelectual y literaria.

En la mencionada obra de Weber se afirma que el capital requiere de una relación determinada del individuo con el trabajo. Para Weber (2011), el “espíritu del capitalismo” no nace

de ceder sin reservas al hambre de dinero, sino de una *racionalización* del proceso para obtenerlo. Racionalizar esta ambición significa, además de crear una infraestructura de cálculo administrativo en cada empresa, fomentar una mentalidad en la que todo *valor ético* sirva para ganar dinero: “la moral es útil porque proporciona crédito” (p. 89). Ya que en este orden económico el trabajo es el medio a través del que se generan ingresos, surge la idea del trabajo como una auto-imposición ética, como el *deber* que impulsa a los hombres a aumentar cada vez más su rendimiento y *productividad*. Para ascender en una sociedad que se sometía cada vez más a las demandas del capital, era necesario sentirse obligado a trabajar. Tal como lo expone Mayor Mora (1985), no solo los ingenieros tenían un deber con su empresa, los obreros también debían sentir su trabajo como si fuera la realización de un “mandato divino”. No es suficiente que un hombre necesite trabajar, también es necesario que se comprometa moralmente con el capital, que le asigne un sentido sagrado a la posición que ocupa en él. Esta concepción se acentúa aún más en la *profesión*, al ser una actividad especializada a través de la que se constituye el fundamento económico que asegura la subsistencia. Siguiendo a Weber, “*Beruf*” (profesión en lengua alemana) proviene conceptualmente de las primeras traducciones de la *Biblia* (Martín Lutero), por lo cual tiene una reminiscencia religiosa que la vincula con la misión sagrada que viene a cumplir cada hombre en el mundo.

En el prólogo de *El trabajo. Principios fundamentales* publicado en 1928, López (1976) define el trabajo como una función económica del hombre: “trabajar es ser útil a otro, es coadyuvar los fines de otro [...] el resultado del trabajo, tal como existe generalmente hoy, está destinado al empleo o uso de otro” (p. 287). El trabajo nos hace útiles para otros porque así contribuimos al bien común. Además de esta realización abnegada que puede obtenerse al “servir” a otros, el hombre puede obtener del trabajo incluso una “conciencia de su propio progreso individual” y a través de él puede “descubrirse a sí mismo” (p. 290), en últimas, puede *formarse*. Así pues, vemos que para López el trabajo debería ser también un “llamamiento interior” —antes llamado *vocación*—, es decir, que el concepto heredado de la EM tendría la huella dual —“profana y religiosa”— que tenía el trabajo en la acepción luterana descrita por Weber (2011, p. 123). Esta doble raíz alcanza su mayor realización en el concepto moderno de *profesión*, pues la profesión es el mayor grado de *racionalización* del llamado misional y a la vez profano, esto es, la necesidad de realización personal en lo colectivo y de subsistencia económica de los hombres. En el trabajo

infatigable se demuestra la virtud profesional y esto se traduce en ganancia económica, que es el propósito último del capital. Para movilizar las fuerzas espirituales en pro del bien común a través de la empresa, es necesario que empleados y obreros acojan (individualmente) y cooperen (colectivamente) con estas ideas.

Teniendo a la vista lo anterior y tras lo expuesto en el Capítulo 1 sobre la educación y la formación en la EM, y en el Capítulo 2 sobre la autoformación del escritor en la Antioquia del siglo XIX, se hace más claro el porqué de la relación tan estrecha entre la *profesión* y la *vocación* de Efe Gómez: porque el contexto del siglo XIX no había una escisión *ética* tan profunda entre ambas actividades, fenómeno cuya explicación puede encontrarse en la evolución histórica del capitalismo, pues en su nacimiento —la llamada *Era del capital* (1848-1875)—, la separación entre ambas actividades no resultaba tan profunda como lo sería en el siglo XX. Alentado por el modelo formativo de la EM, Efe Gómez aprendió a considerar su profesión de ingeniero como el *punto de partida* de las formas que apelaban a su sensibilidad y la literatura como el *punto de destino*. Esto lo condujo no solo a consagrarse al trabajo —como lo hicieron todos los industriales exitosos de su época (Mayor Mora, 1985, p. 90)— hasta caer enfermo (Gómez, 1949, p. 11), sino a ver en el trabajo el germen y posible *continuidad* de su *proyecto espiritual y moral*. Aquello permitió que los espacios y los trabajadores a los que dedicó sus horas laborales fueran la más prolífica fuente de reflexión, *materia prima* que moldeará después en forma literaria, tema sobre el que profundizaremos a continuación.

3. 2. Las minas como “destino vocacional”

A pesar de que las minas fueron el germen de esta literatura, es importante señalar que para el siglo XIX no solo había dificultades técnicas en las minas; también en las condiciones de salubridad. La humedad de los socavones generaba problemas de higiene, abundaban enfermedades como la cirrosis, nefritis, tuberculosis y las picaduras de chinches, garrapatas y de mosquitos transmisores de malaria (López et. al, 2021, p. 41). Lo anterior para resaltar que la salud pública era un factor de riesgo que no hacía de las minas espacios atractivos para el trabajo. Pese a constituir la razón ser de la EM, la ingeniería de minas era una profesión poco atractiva, pues quienes la desempeñaban “tenían que operar bajo duras condiciones primitivas” (Murray, 2012, p. 86). A esto se le añade el estilo vida minero en Antioquia, que no propiciaba tampoco un provecho total

de la fuerza de trabajo. Al minero se le distinguía por su falta de racionalidad económica, como describió en un “perfil psicosocial” el ya citado Alejandro López (1927): “el fiado y el juego son ya una identidad” (p. 68). López desestimaba las quejas de los mineros: “Esta es la tierra en la que uno se arruina trabajando”, a lo cual replicaba que “no era el trabajo el que acababa de arruinarlo; era él una víctima de sus métodos de trabajo” (p. 68). Mayor Mora (1985) también analiza la necesidad capitalista de una reforma moral de los obreros, en la que se buscaba cómo controlar hasta instintos tan primarios como la sexualidad, para que nada fuera en contravía de su potencial productivo (p. 312). Para tal efecto, los patronos —que la mayoría de las veces eran los mismos ingenieros— usaban incentivos religiosos, de manera tal que la iglesia y la prensa católica adquirieron un papel muy relevante en el compromiso de los obreros antioqueños con su sitio de trabajo (pp. 251-338).

A pesar de las pretensiones empresariales, en las minas era más complejo “canalizar las energías” de los trabajadores. Solía ser mucho más eficaz en las fábricas, donde la masa obrera era más fija. El trabajo minero era para algunos una labor transitoria (para determinados períodos del año), pues la mayoría de mineros solían dedicarse también a otras actividades como el comercio o la agricultura (Brew, 2000, p. 18), aun cuando, más tarde, en las minas grandes y organizadas como El Zancudo y Frontino, solían ser más fijos y se ofrecían mayores incentivos salariales (Poveda Ramos, 1981, p. 95; Brew, 2000, p. 25). La cualidad de “minero migratorio” diluía un poco la relación de dependencia constante entre el patrono y el empleado. Adicionalmente, las relaciones sociales del trabajo en Antioquia tendían a un trato “igualitario” y “solidario”, por lo que la relación solía ser menos jerárquica y se consideraba al ingeniero como un integrante más del grupo laboral. En resumen, a pesar de que el compromiso laboral del minero solía ser menor por su carácter nómada, la relación con la empresa seguía siendo cooperativa. Mayor Mora (1985) la define como una “cooperación amistosa” entre ambas partes que negaba cualquier presagio de “lucha de clases” (p. 319).

Como se ha expuesto, las minas fueron el espacio en el que más convergieron las aristas de la *formación* de Efe Gómez: allí supera, pero también honra el modelo heredado. En un breve recorrido por las libretas del autor custodiadas en la Biblioteca Pública Piloto [Introducción], lo que más se observa es su constante oscilación entre el pensamiento creativo y el calculador mientras trabajaba en las minas de San Carlos, Sonsón, Caramanta, Titiribí (El Zancudo y

Sitioviejo), Belmira...: entre la fugacidad de alguna idea para sus cuentos y la rigurosidad de las listas de materiales y empleados, de planos y operaciones para la explotación minera. Asimismo, como ingeniero-patrono estableció relaciones significativas con sus empleados: en sus libretas observamos cómo llevaba la cuenta de sus honorarios, cómo dibujaba a los habitantes de las minas y cómo compilaba algunas de sus experiencias vitales, anotaciones que serían el material en bruto para sus cuentos. Si bien existía ya un condicionamiento sobre cómo establecer una relación de compadrazgo en el trabajo que beneficiara a la empresa, la cooperación que estableció Efe Gómez con sus trabajadores se extendió al ámbito de la sensibilidad, en principio únicamente *social*, pero después la convirtió en literatura al entretenerla con su propio pensamiento. Así, podemos afirmar que las minas y los mineros fueron uno de los *principios de la escritura* de Efe Gómez.

Es conocido que Efe Gómez viajó al Chocó entre 1904 y 1906 buscando minas en la selva del Pacífico (Naranjo Boza, 2017a, p. 109). La libreta que escribió durante estos años (L1, 1905) serían la materia prima de algunas de sus posteriores publicaciones, entre ellas, la novela *Mi gente*, publicada al final de su vida (1949)²⁰. Está escrita a lápiz, llena de líneas (a manera de tachones) y de flechas que indican cambios de orden o reestructuraciones de lo escrito. En ella se describen gran parte de sus viajes al interior de la selva húmeda. La relación entre la novela y algunos pasajes de esta ya fue establecida en un artículo de la investigadora Estella María Córdoba (2002), quien sustenta que Efe Gómez anota las impresiones de sus travesías y posteriormente las reelabora con más detalle en la novela. Por nuestra parte, para ilustrar este proceso literario tomaremos como ejemplo al guía de viaje, a quien Efe Gómez describe en la libreta como un anciano de larga barba y de cuerpo vigoroso, “un campesino con todos los estigmas de patriarca nato” (L1, 1905). La descripción de este anciano negro, al que llama “Jesú”, coincide con la del personaje Manuel de Jesús, que aparece no solo en la novela *Mi gente* (1937) sino también en el cuento *En la selva* (c. 1919): “un negro viejo, tan viejo, que la apretada lana que a modo de cabello cubría su cabeza, estaba ya blanca como el líquen retostado que envuelve en los redondos pedrejonos de granito” (Gómez, 1945, p. 43). El dialecto chocono del viejo, que es también el de los negros boga del cuento, se reproduce en expresiones como “¿oíte?”, “señó”, “mujé”, etcétera. En la libreta también

²⁰ En el prólogo de la novela se anuncia una segunda parte que, como anota el editor Balmore Álvarez, Efe Gómez nunca llega a concluir.

se registran esta pronunciación al final de las palabras, que en el cuento Efe Gómez llama “ceceo sibilante” (p. 44), y también otras características que llaman su atención, como la alimentación basada en harina de maíz (L1, 1905). Dado su acercamiento de primera mano a los negros boga y a los viajes en canoa que debió realizar en compañía de estos, el relato tiene más verosimilitud y precisión en la escena del cuento en la que Victoria y su amado Mareño están huyendo de Manuel de Jesús y de sus hombres. Lo anterior como ejemplo de que los elementos y personajes narrativos de la obra de Efe Gómez están determinados por sus relaciones con los habitantes y situaciones que circundaban los espacios mineros, vínculos que quedaron registrados en sus libretas de autor. Así, la obra literaria rebasa la *sensibilidad social* del buen ciudadano analítico y su *deber ser* profesional al entrelazarse con su *proyecto espiritual y moral*.

Sin embargo, el borrador del cuento “En la selva” (c. 1919) no se encuentra en la libreta 1 sino en la 10 (c. 1919)²¹, en la cual, como hemos subrayado, la escritura creativa se intercala con planos y con listas de materiales para la minería. La libreta es pequeña y cuenta con pocas páginas, por lo que Gómez continúa el cuento con caligrafía presurosa en la contraportada de cartón verdeazul. Con todo, este espacio no le alcanza para culminar el cuento y desconocemos dónde pudo finalizar este “borrador”, en el que se evidencia los relámpagos que son sus hilos narrativos (por la caligrafía y la dificultad para seguir un orden de páginas consecutivo) y, quizás, la carencia de otras superficies para escribir.²² Lo que podemos afirmar al observar estas huellas es que las condiciones que posibilitan la escritura de Efe Gómez son las mismas condiciones de posibilidad que le ofrece su trabajo en las minas, donde minas y mineros no solo “anteceden” su literatura como contenido o idea; también determinan la “forma”, es decir, las condiciones materiales en las que puede escribir: tiempo e insumos al momento de revelar ese contenido. En este caso, una libreta escrita según la ocasión (a lápiz, con color morado, o a tinta mojada) y con una escritura tan caótica que cuesta reconocer la continuidad del relato. De manera tal que, tanto en forma como en contenido, minas y mineros se constituyen en el *principio de la escritura* de Efe Gómez.

²¹ La libreta 10, a diferencia de casi todas las demás, no tiene ningún registro de fecha. Sin embargo, existe una carta de Efe Gómez en la que dedica el cuento (al parecer recién manuscrito y en su versión final) a una pareja de recién casados, por lo cual se puede inferir que la libreta corresponde a 1919 (o a un año cercano). La citada carta se reproduce en el volumen *Guayabo negro* (Gómez, 1945, p. 58) de la Editorial Bedout.

²² Sabemos que es un borrador porque, por ejemplo, donde escribe “estrofa cuyos acentos viriles” (L10, c. 1919), en el cuento publicado se lee “estrofa viril”, es decir que se podría leer como antetexto o “versión” del cuento.

3. 3. Un cuento paradigmático: “En las minas” (1897)

La primera edición del cuento “En las minas” aparece publicada en el folleto *Impresiones* (1897) acompañada de dos textos de los autores Eduardo Zuleta —entonces rector de la Universidad de Antioquia— y Samuel Velilla. Hasta 2019 registramos doce ediciones del cuento en distintas revistas y compilaciones, y tres re-impresiones. En el proceso no se halló ninguna variante introducida por el autor, ni ninguna fuente que atestiguara o sugiriera algún giro narrativo, a pesar de que la editorial Minerva publicó dos ediciones más en vida del autor. El cuento fue alabado por Juan del Martillo (pseudónimo de Camilo Botero Guerra) en el segundo número de la revista *El Montañés*. Al volver sobre este texto pretendemos poner la *formación* de Efe Gómez en contexto. Lejos de identificar unívocamente al autor con el narrador, pensamos que “En las minas” puede evidenciar elementos y vínculos conceptuales que se han desarrollado a lo largo de esta investigación: cómo nuestro sujeto de estudio plasma en las formas del arte la doble condición, individual y social, académica y literaria, de su *formación* a partir del entorno minero. Entre la producción del período que nos ocupa (1888-1899), cuya delimitación explicamos en la Introducción, el cuento fue seleccionado por la pertinencia de su temática y por ser uno de los más célebres del escritor. El argumento consiste en que el personaje-narrador Lucas visita por primera vez las minas acompañado de Manuel, el encargado principal. En el entorno minero, Lucas conoce a Toñejo, un minero mulato que trabaja allí junto a su novia Camila. Su amor es correspondido, pero Ambrosio, heredero y por tanto jefe mayor de la mina, quiere arrebatársela para casarse con ella. La desesperación del minero llega a ser tal que termina por inmolarse a sí mismo y a Ambrosio cuando se quedan solos en la galería.

Siguiendo a Marta Faride Stefan (1992), en la literatura de Efe Gómez se “capta un espacio interior y un espacio físico” (p. 3). Esto quiere decir que hay una relación muy estrecha entre cómo el narrador percibe el espacio y el desarrollo de los personajes. Las minas suelen ser espacios de oscuridad e incertidumbre en la obra Efe Gómez: baste con notar la descripción de don Lucas (personaje-narrador en primera persona) al entrar a la galería de la mina: “Al principio, la luz del día era bastante para dejarme ver los forros de madera redonda de la galería. Luégo las *tinieblas* empezaron. *Perdí la percepción* de las direcciones. *No sabía en qué sentido era arrastrado*” (Gómez, 1897, p. 53. Cursivas nuestras). La desorientación y confusión de los sentidos al interior

de los socavones impactan al personaje. Continúa describiendo los olores: “Oía á humedad y á madera podrida. El humo de los candiles y el vapor de agua formaban en el seno de ese *aire viciado y denso*, un *vaho espeso*” (p. 53. Cursivas nuestras). La mina no solo lo desorienta, sino que también le pesa en el cuerpo, la siente hasta en la respiración. Y en cuanto a la vista, “las sombras se cortaban en contornos decisivos”, “los objetos recibían la luz de un solo lado” (p. 54). La descripción nos sumerge en un ambiente de pesadumbre, hasta llegar, finalmente, a una situación creada a partir de toda la ambientación: el dolor que se imprime sobre el rostro de Toñejo, el minero sobre el que recaen las acciones del cuento. Sobre él, “se pinta la abstracción dolorosa del que sufre y se reprime” (p. 54).

La atmósfera que se percibe en la mina corresponde, como se explicitó, con el continuo estado de sufrimiento de Toñejo. A lo largo del cuento, el personaje va degradándose al ser cada vez más consciente de su propia desgracia. Sabe que no existe salida posible al dolor que le asola. Para acentuarlo, evoca su propia infancia de violencia y abandono: su padre lo agredía a él y a su madre cada vez que tomaba alcohol. En este relato, el infortunio de Toñejo se debe a su condición de pobreza, idea que se repite al evocar el antiguo consejo de su padre: “voy á darte un consejo: á los que tienen y á los pueden más que tú, témelos siempre” (p. 52); o al hablar con don Lucas sobre los desafíos de Ambrosio, el heredero de la mina que quiere conquistar a su novia: “¿qué podemos nosotros los infelices habitantes de los campos contra Uds., los que saben, los que tienen plata, los que viven en los pueblos grandes?” (p. 51). Conforme avanza el tiempo del relato, se le da cada vez más la razón al minero y sus gestos son progresivamente más coléricos: en principio “escondió con desesperación el rostro entre las manos” (p. 50); “el pobre mozo apretó los dientes y cerró los ojos” (p. 51); pero cada vez su ira es más grande, al punto de decirle a su novia que la quiere tanto que quisiera matarla (p. 56), para después asegurarse de matarse junto a Ambrosio al provocar una explosión con cartuchos de dinamita al interior de la mina. Su culmen no resulta sorpresivo al lector: continuamente se anuncia y se rodea la desgracia del personaje: “*el silencio, la obscuridad y la muerte reinaron* en el frente de la galería de Bomboná” (p. 57. Cursivas nuestras). La paulatina degradación se anuncia también a través de la descripción de los “mineros de raza”, aquellos que acuden abatidos y “llenos de remordimiento” a las bacanales (p. 45) y por medio del recuerdo trágico de Toñejo sobre su padre, quien también “jugaba y se emborrachaba” (p. 52), alusiones diversas a aquellos vicios de las “gentes sin fe” que juzgó Alejandro López en su perfil psicosocial

del minero [3.2]. El narrador generaliza su observación a “las gentes del campo”, cuya condición es una “enorme tristeza” que se traduce, entre otras cosas, en una incapacidad de “sentir el amor verdadero” (p. 53).

Por otro lado, don Lucas, el personaje-narrador, no muestra voluntad de ejercer alguna ayuda directa a Toñejo, ni una mínima idea para enderezar su destino, sino que se limita al análisis de la realidad que observa. Además, el minero siempre afirma que ya agotó las posibilidades de ser ayudado, incluso por los propietarios de la mina: la tía de Ambrosio, quien hace parte de la junta de accionistas principales, hace caso omiso de sus quejas y peticiones (p. 50). Ante este hecho, pareciera que nadie tiene la capacidad de desautorizar a Ambrosio, antagonista de Toñejo. Sin embargo, Lucas sí tiene un mayor estatus: para el momento de la narración, Lucas era un estudiante de Geología y estaba experimentando sus primeras visitas a los socavones, trabajo de campo en el que se estudian las rocas (p. 42). Gracias a esto, su visita es guiada por el encargado de la mina —don Manuel—, lo que le otorga a su vez una posición de autoridad respecto de los mineros rasos. Lucas puede *apadrinar* a Toñejo, y así es que lo protege de la violencia más inmediata de Ambrosio, quien lo amenaza a “patadas hasta en la lengua” (p. 49). Aquí observamos también parte de la dinámica entre el ingeniero (que cuando no patrono, igualmente cercano a esa posición) y los obreros que mencionamos en el punto anterior [3.2]. Ya que el ingeniero era “el agente principal de la *racionalización*” (Mayor Mora, 1985, p. 114) del trabajo en el entorno minero, debía ejercer un rol, que aunque amistoso, era asimismo paternal y pedagógico con sus trabajadores (p. 281). Este rol, como se observa en el cuento, tiene sus límites cuando el éxito o la jerarquía de la empresa se ven comprometidos de alguna manera, poniendo en evidencia que la función social del ingeniero era no interferir, sino asegurar los caminos hacia la *productividad*. Si en este propósito se cruzan las condiciones y el sufrimiento de las “gentes del campo”, el ingeniero (o el ingeniero en formación, como don Lucas) carece de herramientas para auxiliarlos. Tal es la distancia que sobrepone el narrador a su conmoción.

Para terminar, en el Capítulo 2 mencionamos que en los primeros escritos de Efe Gómez había una constante preocupación por su *propia formación*: “apenas tengo veinte años y ya me es forzoso decirle adiós á todo lo que la constituye” (Cmp). Para vincular “En las minas” (1897) a la *proyección espiritual-moral* del joven, regresaremos al inicio del relato, a la larga descripción del primer día de don Lucas cerca de la bodega: “propiamente no desperté sino que me sentí en una

conciencia turbia de mí mismo. Conciencia que se iba aclarando lentamente” (Gómez, 1897, p. 39). El escritor no solo narra el despertar de esa mañana, sino el despertar de la conciencia. Este despertar se expresa en la “infinita dulzura” interior que contrasta con el “frío exterior”, así que el personaje prefiere permanecer en la somnolencia, en ese estado envolvente de bienestar en el que “empezaban a adelgazársele las ideas” y en el que cada vez era más confusa su propia individualidad (p. 40). Don Lucas prolonga este estado con un trago de anisado (p. 41) que, junto a la observación de la naturaleza, prolonga también la modorra: “todo *dormía* allí enervado”, el chirrido de las chicharras “trae a la cabeza desfallecimientos” y los novillos tienen “ojos *dormilones*” (p. 42. *Cursivas nuestras*). Sin embargo, a esa naturaleza la encubre rápidamente una oscuridad absoluta que se corresponde con las historias que rodean la mina, como la de los compañeros de don Manuel que se llevó el río. En *Cuaderno de materia prima* (1890) utiliza la misma metáfora: “Oh niña, feliz tú si tras *este* ese tu *bello despertar* amaneciera tu alma en su verdadero horizonte sin tener q’ pasar por la *fria y brumosa* tarde del desengaño” (Cmp. *Cursivas nuestras*). Las descripciones de la luz del sol y del agua al inicio contrastan significativamente con la frase final del cuento: “el cielo me pareció más remoto, la Humanidad más desamparada y la Providencia un enigma pavoroso” (Gómez, 1897, p. 58). Con todo lo anterior hacemos notar que, además de la dualidad entre el espacio interior y el exterior, Gómez describe también una dualidad entre el despertar y el sueño, entre la consciencia y el adormecimiento, que en este caso encuentran un fatal desenlace. El *ethos* que el joven escritor deja entrever a través de las metáforas es el mismo que registró en su *Cuaderno de materia prima* (1890): “para vivir alegremente vale mas una naturaleza dulce q’ todas las filosofías” (Cmp).

A través del cuento se evidencia que en el espacio minero Efe Gómez encuentra una de las representaciones más sólidas de la oscuridad y la desgracia que rodean al progreso material antioqueño, en especial algunas de las consecuencias para los habitantes de los pueblos campesinos: la degradación a la que los somete la explotación minera. En la praxis de su formación científico-académica observa esta realidad de primera mano con agudeza; pero es a partir de su proyección moral-espiritual que profundiza en la conducta de Toñejo con el fin de desentrañar las causas de su “realización” suicida. La comprensión intelectual es dirigida a una elaboración literaria, y solo juntas son el sustento vital del joven Efe Gómez. La una no contradice a la otra, pero como ingeniero debe tomar una distancia: sabe que solo le está dado transformar las formas

del arte, no interferir en la inminente realidad del desarrollo económico, por el contrario, acepta el rol de ingeniero que le fue consagrado en él. Resumidamente, entre su vocación y su profesión no solo hay una afinidad ética, sino que hay una reconciliación manifiesta en la obra literaria producto de su *formación*, lo que no exime que describa la realidad minera y la de la condición humana tal como la juzgaba: una constante pugna.

Conclusiones

De esta aproximación concluimos que el joven Efe Gómez logra proyectarse como literato a partir de los insumos y de los condicionamientos que le aporta la EM como *espacio vital*. La institución no solo expande su alcance social (ascenso y sociabilidades), sino también su *formación* científica (la ingeniería y su práctica) y ética (los nuevos valores del hombre burgués). Juntas son las *condiciones de la experiencia* que subyacen a su literatura, a la naciente posibilidad de *autoformación* en ella. Posteriormente, su obra tomaría una forma y un contenido más concreto en las minas, su lugar de trabajo, donde se condensarían todas las aristas de su *formación*. La doble condición individual y social, académica y escritural, vocacional y profesional de la *formación* del joven Efe Gómez durante el período propuesto constituyen las bases de su educación y de su ejercicio como ingeniero, condiciones de experiencia formativa que superará a través de una literatura profundamente vinculada a su trabajo en las minas y a su contacto con los mineros. De esta manera intentó resolver las contradicciones que le imponía su medio, que en gran medida eran también las que traía consigo el *hombre nuevo*.

A grandes rasgos, a través del sujeto de investigación atestiguamos cómo los progresos técnicos implican también una transformación de lo ético y de lo sensible. En la constante búsqueda de una restauración moral que beneficiara el crecimiento de la industria, se abrieron, sin notarlo, las posibilidades de la literatura. Como vimos, no era este el propósito último de la élite antioqueña como sí lo era inculcar una rectitud frente al deber y una devoción al trabajo inquebrantable que fuera útil al capital, pero dicho propósito estuvo –inevitablemente– ligado a la vida literaria que propiciaría este contexto. La tensión entre estos principios, entre el arte y la utilidad, su educación y su proyecto de sí mismo, dejó una huella en el joven Efe Gómez que plasmó en la escritura, pero solo allí: trasladó una disputa propia de su sociedad a una única disputa consigo mismo. Así lo representa en su temprana obra literaria.

Referencias

- Berman, M. (1991). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (A. Morales Vidal, Trad.). Siglo veintiuno editores.
- Bravo Betancur, J. M. (2011). *Apuntes históricos sobre la ingeniería en Antioquia* (Tomo I: siglo XIX). Fondo Editorial EIA.
- Brew, R. (2000). *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920* (A. Mejía de López, Trad.). Editorial Universidad de Antioquia.
- Córdoba, E. M. (2002). De algunas libretas inéditas de Efe Gómez. *Revista de Extensión Cultural*, (45), pp. 43-54.
- Escuela de Minas. (c. 1888). [Calificaciones finales de Francisco Gómez]. Folio 106. Copia en posesión de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín).
- Gómez Barrientos, E. (1913). *Don Mariano Ospina y su época*. Imprenta Editorial.
- Gómez Barrientos, E. (1921). *D. Tulio Ospina*. Imprenta Oficial.
- Gómez Escobar, F. (1890). [*Cuaderno de materia prima*]. Libreta 6. Fondo Efe Gómez. Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.
- Gómez Escobar, F. (1897). En las minas. En *Impresiones* (pp. 39.-58). Imprenta del Departamento.
- Gómez Escobar, F. (1897). Libreta 17. Fondo Efe Gómez. Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.
- Gómez Escobar, F. (1899). Inofensivo. *El Montañés, Año II*(16), pp. 134-136.
- Gómez Escobar, F. (1900). Carta a Abel Farina. En *Páginas locas* (pp. XX-LIV). Tipografía de El Avisador.
- Gómez Escobar, F. (1905). Libreta 1. Fondo Efe Gómez. Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.
- Gómez Escobar, F. (c. 1919). Libreta 10. Fondo Efe Gómez. Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.
- Gómez Escobar, F. (1932). Libreta 12. Fondo Efe Gómez. Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.
- Gómez Escobar, F. (1945). En la selva. En B. Álvarez (Ed.) *Guayabo negro*. Editorial Bedout.
- Gómez Escobar, F. (1949). *Mi gente*. Editorial Bedout.
- González Ochoa, F. (2002). *Una tesis* (1919). Corporación Otraparte.

- González Toro, S. B. (2010). Censos en Fredonia (Antioquia): una mirada a la composición familiar 1830-1851. *HiSTORELo, Volumen 2*(4), pp. 90-111.
- Grupo Historia Empresarial EAFIT. (2006). Escritura de constitución de la Compañía de El Montañés. En J. Campuzano Hoyos (Comp.), *Fuentes documentales para la Historia Empresarial: siglo XIX en Antioquia*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Guerra, F. X. (1989). Lugares, formas y ritmos de la política moderna. Separata del *Boletín de la Academia Nacional de Historia, Volumen LXXII*(285), pp. 7-23.
- Gutiérrez Girardot, R. (1975). Literatura y sociedad. *Estravagario*, (21), pp. 1 y 8.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989-90). *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Maryland: University of Maryland at college Park (Latin American Studies Center).
- Gutiérrez de Pineda, V. (1994). *Familia y cultura en Colombia*. Editorial Universidad de Antioquia.
- H. (1897). Dos cuadros de Cano. *El Montañés, Año I*(1), pp. 19-22.
- Henríquez Ureña, P. (2014). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (2010). *La era del capital, 1848-1875* (A. García y C. Caranci, Trad.). Crítica.
- Jaeger, W. W. (2000). Nobleza y “areté”. *Paideia*. Fondo de Cultura Económica.
- Jaramillo Uribe, J. (2017). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Ministerio de Cultura: Biblioteca Nacional de Colombia.
- Jiménez, T. (1897). El estudiante (a Efe Gómez). *El Montañés, Año I*(3), p. 112.
- Jiménez Panesso, D. (1992). La crítica literaria en la época del Modernismo. En *Historia de la crítica literaria en Colombia* (pp. 128-168). Universidad Nacional de Colombia.
- L. (1897). Samuel Velásquez. *El Montañés, Año I*(1), pp. 1-13.
- Loaiza Cano, G. (2004). *Manuel Ancízar y su época (1811-1882): biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*. Editorial Universidad de Antioquia; Universidad Nacional de Colombia (Medellín). Facultad de Ciencias Humanas y Económicas; Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Londoño, J. (1867). [Certificado de la partida de bautismo de Francisco de Paula Nianceno Maria Gómez Escobar]. Fondo Efe Gómez. Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.
- López, A. (1927). Dineros y deudas. En *Problemas colombianos* (pp. 61-113). París América.

- López, A. (1976). El trabajo. Principios fundamentales (prólogo) (1928). En J. Villegas (Comp.) *Escritos escogidos* (pp. 265-291). Colcultura.
- López, S., Gómez, F. y Chacón, A. (2021). Salubridad y enfermedad en las minas de oro de Marmato en el siglo XIX: entre la epidemia de la viruela y la guerra de los mil días. *Biomédica, Volumen 41*(Supl. 2), pp. 37-47. <http://www.scielo.org.co/pdf/bio/v41s2/2590-7379-bio-41-s2-37.pdf>
- Mantilla Medina, A. A. (2014). *Perfil intelectual de Emiro Kastos y edición anotada de su libro Artículos escogidos de 1859* [Tesis de Maestría, Universidad Pontificia Bolivariana].
- Mayor Mora, A. (2013). *Las escuelas de Artes y Oficios en Colombia*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Mayor Mora, A. (1985). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Ediciones Tercer Mundo.
- Melo, J. O. (1989). Del federalismo a la Constitución de 1886. En A. Tirado Mejía (Coord.), *Nueva historia de Colombia. Historia política 1886-1946* (volumen 1). Editorial Planeta.
- Molina, J. J. (1886). *Ensayos de literatura y de moral*. Imprenta Republicana.
- Molina, J. J. (1988). *Antioquia literaria* (1878). Dirección de Cultura.
- Murray, P. (2012). *Sueños de desarrollo: la Escuela Nacional de Minas de Colombia y sus ingenieros, 1887-1970* (N. Castro Quintero, Trad.). Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Minas. (Obra original publicada en 1997).
- Naranjo Boza, N. (2006). Estudio sobre los primeros escritos y poesía completa de don Efe Gómez. *Cuaderno de materia prima* (1890) (pp. 105-169). Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Naranjo Boza, N. (2017a). Presentación de Efe Gómez. En M. S. Girón López (Coord.), *Letras desde el Atrato y el Cauca* (pp. 105-122). Editorial Universidad de Antioquia.
- Naranjo Boza, N. (2017b). *La filosofía en la obra de Efe Gómez* (volumen 1). Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Minas.
- Ospina Pérez, M. (1938). El manejo cristiano y científico del trabajo. *Revista Universidad Pontificia Bolivariana, Volumen 2*(5), pp. 163-175. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/revista-institucional/article/view/4875>.
- Ospina, T. (1912a). Informe del Rector de la Escuela Nacional de Minas. *Anales de la Escuela de Minas, Año I*(3), pp. 125-145. Sala Patrimonial Universidad EAFIT: Colección FAES.

- Ospina, T. (1912b). Conferencia dictada por el D. Tulio Ospina, rector de la Escuela Nacional de Minas, en el acto privado de clausura del año escolar de 1912. *Anales de la Escuela de Minas, Año I(5)*, pp. 233-242. Sala Patrimonial Universidad EAFIT: Colección FAES.
- Ospina, T. (1941). *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono* (1910). Editorial Bedout.
- Ospina Vásquez, M. (1898). Reseña Mensual (Impresiones personalísimas). *El Montañés, Año I(9 y 10)*, pp. 407-412.
- Poveda Ramos, G. (1981). *Minas y mineros de Antioquia*. Banco de la República.
- Quiroz Jiménez, L. F. y Hidalgo Holguín, C. A. (2020). Modernización de la provincia de Antioquia e inmigración. Carlos Segismundo de Greiff. En M. S. Girón López (Ed.), *Memoria cultural del nordeste antioqueño* (pp. 37-62). Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología FOCO.
- Rengifo Correa, A. A. (2021). *La evaluación educativa en Colombia, 1870-1970*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Reyes, A. (1991). Notas sobre la inteligencia americana (1936). En *Última Tule y otros ensayos* (pp. 230-235). Biblioteca Ayacucho.
- Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Rueda Cardozo, J. A. (1982). *La profesionalización de la ingeniería en Colombia hasta finales del siglo XIX* [Monografía]. Sala Patrimonial Universidad EAFIT: Colección FAES.
- Safford, F. R. (1977). *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Hombre Nuevo Editores.
- Safford, F. R. (1989). *El ideal de lo práctico: el desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales.
- Simmel, G. (2001). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En *El individuo y la libertad*. Ediciones Península.
- Stefan, M. F. (1992). *Efe Gómez: entre la incertidumbre y el fracaso*. Ediciones El Boga.
- Vasco Acosta, J. (2016). *Instituciones de la vida literaria y sociedades literarias en Antioquia. Estudio de formas de sociabilidad, 1880-1914*. [Tesis de Doctorado, Universidad de los Andes].

- Vierhaus, R. (2002). Formación (Bildung) (J. G. Gómez, Trad.). *Separata Revista Educación y Pedagogía*, XIV(33), pp. 5-68.
- Vives Guerra, J. (1963). *Gestas de la mi cibdad*. Imprenta Departamental.
- Vives Guerra, J. (1994). *Crónicas*. Ediciones Autores Antioqueños.
- Weber, M. (2011). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905). Fondo de Cultura Económica.
- Zea, L. (1980). Prólogo. En L. Zea (Comp.) *Pensamiento positivista latinoamericano* (volumen 1) (pp. IX-LII). Biblioteca Ayacucho.
- Zuleta, E. (15 de marzo 1893). [Carta al Ministro de Instrucción Pública]. Copia en posesión de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín).